

SONIA LÓPEZ SOUTO

EN LO PROFUNDO DEL

# Bosque



# En lo profundo del bosque

Sonia López Souto

No es necesario leer la Saga Campbell para entender este libro, ni leer este libro para entender la saga. Solo es un proyecto que un día escribí y que ahora he decidido ampliar, como regalo para quien lo leyó en su momento.

Es una historia con un inicio y un final cerrado, que no te pedirá que leas la saga después; aunque si lo haces, te sorprenderás (con uno de los libros). Tú decides.

# Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[EPÍLOGO](#)

# 1

## **Año 1640, algún remoto lugar de las Highlands**

-Madre –Marsali se acercó a ella, con la respiración agitada y el corazón latiendo a toda prisa tras aquella frenética carrera.

Sostuvo su peso, apoyando las manos en sus rodillas, intentando tranquilizar a su sofocado corazón. Luego inspiró varias veces tan profundo como pudo, ya que no podría hablar con su madre si no se relajaba. Esta esperó, con impaciencia, a que su hija le explicase a qué venía tanta agitación.

A pesar de ser madre e hija, en su aspecto, no podían ser más diferentes. Mientras la madre era rubia y de ojos azules, el cabello de la hija, adornado con tonos rojizos pardos, armonizaba con el color miel de sus ojos. Un claro y doloroso recuerdo para la madre, de su padre.

-Hay un hombre junto al río –logró decir, a pesar de que su respiración todavía era errática–. He venido a decírselo en cuanto lo vi.

-Es imposible. Nadie conoce este lugar –se limpió las manos en el mandil, con calma, mientras hablaba–. Lo habrás imaginado.

-Habrá llegado por casualidad –inspiró, más relajada –. Lo he visto bien, madre. Es un hombre.

-¿Te ha visto él a ti?

-Creo que está muerto –frunció el ceño al pensarlo–. Está tirado junto al agua, como si hubiese intentado llegar a ella. No me he atrevido a acercarme más por si solo está desmayado.

-Vayamos a ver, entonces –se acercó a la despensa, donde guardaba la espada que una vez le robó al jefe de su clan.

Antes de haberse quedado embarazada, Iona había sido la amante del laird. Habían disfrutado las noches juntos durante años, mientras por el día fingían ser señor y sirvienta. Iona era, por aquel entonces, una muchacha joven e ingenua, muy impresionable, y se había enamorado locamente. Él era un hombre alto y fuerte, apuesto y atento; y cuando se fijó en ella, una simple ayudante de cocina de dieciséis años, se creyó la más afortunada de las mujeres. Pero nada es como parece y menos cuando la que lo piensa es casi una niña. Ross solo buscaba diversión en la cama, justo lo que su esposa no quería ofrecerle de buen grado. No pensaba en sentimientos, sino en actos carnales, por eso, cuando Iona supo que estaba embarazada y fue a contárselo como la más maravillosa noticia y como la culminación de su amor, Ross mató sus ilusiones sin remordimientos, al pretender obligarla a recluirse en un convento hasta que diese a luz y abandonar en él a su bebé después, para ocultar todo rastro de la infidelidad. Horrorizada ante semejante idea, Iona se escabulló del castillo en una noche tormentosa, que nada bueno presagiaba para ella. Solo llevó comida para el viaje, algo de ropa y aquella espada. A punto estuvo de perecer en el camino, cuando el caballo se encabritaba con el ruido de los truenos; así que, sin poder controlarlo por más tiempo y con temor a que en una mala caída perdiese a su bebé, finalmente lo dejó marchar y continuó a pie.

Durante semanas, recorrió largas millas de distancia, siempre oculta de la gente que se iba cruzando en su camino y temerosa de que Ross la encontrase; aun cuando en el fondo sabía que no la estaría buscando. Su desaparición le convenía, incluso más, que tener que pagar su estancia en el convento durante un año entero, ya que si no estaba en el castillo, el problema desaparecería para siempre y el engaño a su esposa seguiría siendo un secreto.

Saber que Ross buscaría a otra que ocupase su lugar y dejaría de pensar en ella, fue consumiendo a Iona poco a poco, hasta convertir su corazón en una pasa arrugada y negra, que tan solo la llegada de su bebé logró suavizar ligeramente. Pero aun amando tanto a su hija, no podía dejar de ver en ella la pérdida de su primer y único amor, y la renuncia que había hecho a compartir su vida con él. En ocasiones, Iona se había lamentado de haber sido tan impulsiva y haber huido lejos. En ocasiones, deseaba haber abandonado a su hija en el convento para seguir con Ross. Porque aun habiendo pasado tantos años, seguía amándolo.

-¿Está muerto? –preguntó su hija, instantes después de que se agachase junto al hombre para comprobar su estado real. Podía notar la ansiedad en su voz y se propuso dejar en claro que su presencia no era bien recibida, antes de que se hiciese ilusiones con aquel extraño. Comprendía su curiosidad hacia él, pues no había conocido a nadie más que ella en sus dieciocho años de vida, pero dejarle entrar en su mundo no era buena idea.

-Está gravemente herido –dijo con voz firme y dura–. Morirá en pocos días, no se puede hacer nada por él.

-Madre, podría intentarlo –se ofreció–. Conozco unas hierbas que...

-No, Marsali –se levantó y la tomó de un brazo para alejarse de aquel lugar con ella–. No vamos a curarlo. Dejaremos que la naturaleza siga su curso con él. Ese hombre está más muerto que vivo.

-Pero, madre, no podemos dejarlo ahí.

-Podemos y lo haremos –se detuvo, enfrentando sus miradas–. Los hombres son crueles, hija. Juegan con los sentimientos de las mujeres. Siempre les dicen lo que quieren oír para seducirlas y conseguir de ellas lo que desean, pero cuando ya no les interesan más, las abandonan a su suerte, sin remordimientos. No le tengas lástima, seguramente se merezca la muerte.

-Eso no lo sabes, madre –replicó–. Tal vez no sea así como dices. Y...

-Son todos iguales –gritó, alterada y después cerró los ojos para controlar su enfado–. Es hora de volver a casa. Aquí no tenemos nada que hacer ya.

-Sí, madre –Marsali desvió su mirada una última vez hacia el lugar donde yacía el hombre, antes de seguir a su madre de regreso a la cabaña. Sentía curiosidad por él, pero no podía hacer nada con su madre cerca.

-No vayas al río hasta que yo me haya deshecho del cadáver –le advirtió, segura de saber lo que pasaba por la mente de su hija– ¿Lo has entendido, Marsali?

-Sí, madre.

Se escuchó resignada, pero como si no la creyese del todo, la mantuvo cerca lo que restó de día, dándole tiempo al hombre a sucumbir a sus heridas. Al llegar la noche, no se rindió al sueño tampoco, hasta saber que su hija estaba profundamente dormida. No iba a correr riesgos con ella ahora, después de todo lo que había hecho para protegerla; ni con el hombre, que tan nerviosa la había puesto, al ver los colores que lucía. Sin embargo, si hubiese sabido que su hija iba a engañarla, fingiendo dormir, quizá le hubiese podido impedir que saliese de la cabaña a hurtadillas, con su bolsa de medicinas y una manta vieja. Quizá hubiese podido detenerla antes de que caminase, con la luna iluminando sus pasos, hacia el río, con intención de intentar salvar la vida de aquel hombre. Pero no lo supo y Marsali logró marcharse sin que su madre lo descubriese.

Cuando llegó al río, el hombre continuaba en la misma posición en que lo habían dejado y temió no haber llegado a tiempo de salvarlo. Se arrodilló a su lado y lo giró con cuidado para ver la gravedad de las heridas, pero cuando los rayos de luna iluminaron su rostro, Marsali se quedó sin respiración. Nunca había visto a un hombre antes de él y le pareció hermoso. Tenía una línea de la

mandíbula muy marcada y unos labios plenos; las pestañas pobladas y una nariz bien perfilada. El cabello, aunque sucio por pasar tiempo tirado en el suelo, le llegaba a los hombros y lucía un tono negro que le recordaba las noches de invierno. Su cuerpo, que estudió buscando heridas, era fuerte y muy fornido. Le impresionó la gran cantidad de cicatrices que lo cubrían; todas ellas antiguas.

-¡Oh, Dios! –exclamó, al encontrar el tajo en su bajo vientre.

No era tan profundo como para llegar a sus órganos internos, pero lo suficiente para que hubiese perdido gran cantidad de sangre; de ahí la palidez extrema de su rostro. Pero respiraba todavía, lo había notado en cuanto le dio la vuelta y volvía a sentirlo ahora. Si se daba prisa, podría salvarlo. Sacó varios paños de lino de su bolsa y fue a empaparlos al río para lavar la herida, antes de aplicarle el emplasto que tenía en mente ya: romero para combatir la infección, corteza de abedul para el dolor, cola de caballo para evitar la hemorragia y ruda para una rápida cicatrización. Una vez satisfecha con la limpieza, comenzó a mezclar las hierbas en un cazo lleno de agua y lo aplicó sobre la herida, en cuanto estuvo listo. La luna llena le ayudó a ver sin necesidad de encender un fuego y aunque hacía frío y les habría venido bien su calor, no tenía tiempo para perder en ciertas comodidades. Primero era la vida de aquel hombre, después lo demás; pues ya había pasado demasiadas horas en el frío suelo y había perdido más sangre de la que le convenía.

Aunque sabía qué debía hacer, sus manos temblaban al trabajar, quizá pensando en que aquel hombre era la primera persona que conocía, aparte de su madre, y no sabía cómo actuar ante él, una vez despertase. Si acaso lo hacía, que empezaba a dudarle, porque había tardado demasiado en ir a socorrerlo. Además, tenía sentimientos encontrados en cuanto a salvarle la vida. Quería hacerlo, pero temía descubrir que su madre tuviese razón con respecto a los hombres y le hiciese daño si despertaba. No creía poder enfrentar a aquel hombre, si resultaba ser un desalmado, pues le ganaba en fuerza, incluso herido, pero a pesar del miedo que le inspiraba, no podía dejarlo morir. Hizo su trabajo, al final, sin pensar en nada más. Impregnó la herida con la pasta, hasta cubrirla por completo y después envolvió con cuidado la zona, escuchando sus protestas cada vez que lo movía, para rodear su torso con la venda.

Una vez hubo terminado, recogió sus pertenencias y las lavó en el riachuelo, mientras pensaba en algún lugar donde esconderlo hasta que se recuperase. Y el modo en que lo trasladaría, si no despertaba pronto para ayudarse. Era demasiado grande y pesado para ella, por lo que necesitaría una parihuela, aunque no se creía capaz de arrastrarla tampoco. Pero sabía que lo más complicado sería ocultarle a su madre que lo había ayudado a sobrevivir. Cuando regresase al río para deshacerse del cadáver y no lo encontrase, era necesario convencerla de que se había ido por su pie y que ella no tenía nada que ver con eso.

-¿Eres un ángel?

La pregunta, hecha con voz grave y profunda, la dejó petrificada. Sabía que le estaba hablando a ella, pues no había nadie más, pero no se atrevía a mirar hacia él todavía. Su respiración se había acelerado y todos sus músculos se tensaron, tratando de reunir el valor suficiente para enfrentarlo. ¿Qué tan malo podía ser el hombre? Estaba herido y demasiado débil todavía, como para hacer daño a alguien, si aquella fuese su intención. Quizá por eso, se atrevió a girar hacia él, dispuesta a desafiarlo con la mirada, pero antes de poder hacer nada, se perdió en la profundidad de sus ojos negros. Más negros que la noche más agitada, que la cueva más oscura, que el lugar más recóndito de aquel frondoso bosque, donde la luz del día nunca lograba atravesar las copas de los árboles.

## 2

-No lo pareces –el hombre continuó hablando, pero Marsali no fue capaz de apartar la mirada de él, ni de hablarle–. Aunque eres muy bella.

Un intenso rubor cubrió su rostro por sus palabras y su cuerpo respondió de igual modo, encendiéndose de una forma que nunca antes lo había hecho. Fue entonces cuando reaccionó y apartó la mirada. Tomó su bolsa y se levantó para cruzarla al pecho. Aunque no estaba segura de querer tocarlo ahora que había despertado, todavía tenía que llevarlo a algún lugar donde su madre no lo encontrase.

-¿Cómo te llamas? –el hombre siguió hablando– ¿O tampoco eso me vas a decir?

-Marsali –dijo al fin, reuniendo valor– ¿Serías capaz de caminar? Necesitamos buscar un refugio para ti.

-Bonito nombre –le sonrió–. Mi nombre es Neil. Neil Sinclair. ¿A qué clan perteneces?

-¿Puedes levantarte? –no es que evitase responder a sus preguntas, sino que no podía hacerlo. Su madre jamás había hablado de su pasado, salvo para decirle que el mundo era cruel y que había huido al bosque para protegerla. Después de que evadiese todas sus preguntas durante años, decidió no volver a hacerlo y conformarse con el presente que tenía.

Sin embargo, cuando descubrió al hombre tirado en el suelo, su curiosidad renació con fuerza y de nuevo, las preguntas comenzaron a acumularse en su joven mente. Necesitaba respuestas y sabía que su madre no se las daría nunca. Pensó, al verlo herido, que si le podía salvar la vida, él le diría lo que quería saber. Le hubiese gustado hacerlo sola, pero buscó a su madre para que le ayudase, creyendo que tal vez aquello la reconciliase con el mundo y pudiesen marcharse del bosque al fin, pero su madre solo le había metido el miedo en el cuerpo y se había negado a curarlo.

-Puedo intentarlo –dijo Neil, apoyando las manos en el suelo y regresándola al presente a tiempo de ver cómo se impulsaba hacia arriba. El dolor le arrancó un gruñido hondo y Marsali se aprestó a socorrerlo. Entre ambos lograron ponerlo en pie y apoyándose en ella, consiguió dar varios pasos, pero pronto tuvo que detenerse junto a un árbol para descansar– ¿Ese refugio está muy lejos?

-Me temo que sí –se mordió el labio, nerviosa, pues si no podía caminar, sería prácticamente imposible llevarlo hasta la cueva.

Podía buscarle un lugar más cerca, pero si su madre lo descubría allí, quién sabe qué haría. Nunca antes la había visto tan alterada como esa mañana, cuando le sugirió que lo salvaran. Le había dejado claro que no lo quería allí, aunque no podía entender por qué. A ella no le parecía tan malo. Había sido educado con ella y no había intentado engañarla o seducirla como su madre había insinuado que haría.

-Está bien –dijo–. Dame unos minutos para reponer fuerzas y seguiremos.

Marsali esperó pacientemente a que hiciese lo que fuese que estuviese haciendo con los ojos cerrados. Lo único que podía notar era cómo su respiración se iba ralentizando y su cuerpo parecía menos tenso. Al abrir los ojos, pudo ver la determinación en ellos y se sintió fascinada por su fortaleza. Las advertencias de su madre resonaban en su cabeza, pero las ignoró.

-Estoy listo –habló de nuevo.

Se situó de nuevo a su lado para que pasase el brazo por sus hombros y que pudiese apoyarse en

ella si lo necesitaba, pero al empezar a andar de nuevo, sintió una ligera diferencia con la otra vez. Quizá todavía la necesitaba para moverse, pero no ejercía la misma presión sobre ella que antes. Avanzaban con lentitud para no agotarlo, pero Marsali no dejaba de observar el cielo, intentando calcular cuánto tiempo quedaba antes de que su madre se despertase y descubriese que no estaba en casa. Sabía que iría directamente al río a buscarla, después de haber insistido tanto en salvarle la vida al hombre. Si no la encontraba allí, ni tampoco a él, sabría que le habría ayudado y sería peor. Por eso, necesitaba regresar a la cabaña antes de que su madre se levantase. Se sintió aliviada cuando descubrió la primera marca que había hecho de pequeña para localizar la cueva. Ni siquiera su madre sabía de su existencia, así que sería el escondite perfecto. Allí nunca lo encontraría y podría quedarse tanto tiempo como precisase para recuperarse, antes de regresar a su hogar.

-Estamos llegando –le informó para animarlo cuando encontró la segunda marca–. Falta muy poco.

-Bien –su voz sonó rota y Marsali supo que estaba al límite de su resistencia.

Justo cuando lo sintió flaquear por primera vez, dio con la entrada de la cueva y lo ayudó a introducirse en ella y a sentarse en el catre que había hecho, años atrás, para acondicionar aquella cueva, imaginando que era su propio hogar. *Ilusiones de una niña*, pensó con pena, pues su madre jamás le dejaría abandonar la cabaña que compartían.

-Aquí estarás a salvo –dijo–. Vendré a visitarte cada día para hacerte las curas y traer comida. No debes salir solo.

-¿Es que acaso tu clan está en guerra con algún otro?

-No tengo clan –frunció el ceño al pensar en ello. No sabía si era una buena idea contarle la verdad, pero no tenía más opción, si quería que le obedeciese.

-¿Estás sola? –parecía genuinamente sorprendido.

-Con mi madre –se mordió el labio de nuevo, antes de continuar hablando–. Ella no te quiere aquí. Quiso dejarte morir en el río cuando la llevé hasta allí, así que no puede saber que sigues vivo, ni que estás en esta cueva. Intentaré hacerle creer que has escapado durante la noche para que no te busque, pero debes quedarte aquí hasta que puedas regresar a tu hogar.

-¿No crees que sea capaz de manejar a una mujer? –alzó una ceja, divertido.

-No permitiré que le hagas daño – por un momento, se sintió amenazada y retrocedió–. Si intentas...

-No quiero hacerle daño –la interrumpió–. Marsali, me has salvado la vida, no haría nada en tu contra o en la de tu familia. Tranquilízate. Si tan importante es para ti que no salga, no lo haré. Haré todo lo que me pidas. Te necesito.

Su corazón comenzó a latir frenético, al escuchar sus últimas palabras y un intenso rubor cubrió su rostro de nuevo. Para ocultarlo, se dirigió hacia una cesta que había colocado al fondo de la cueva, donde tenía mantas y algo de ropa que había dejado allí hacía ya tiempo. Sacó un par de mantas y se las entregó, sin mirarlo a los ojos esta vez.

-Debo regresar ya –le dijo, sacando un mendrugo de pan de su bolsa–. Vendré en cuanto pueda. Lamento no tener más comida que esta para ti, pero prometo traer más cuando regrese.

-No te preocupes por mí, Marsali –vio su sonrisa por el rabillo del ojo–. En condiciones peores me he visto ya.

-Descansa. Y no te fuerces o la herida no cicatrizará. Volveré pronto.

-Espera –la detuvo, sujetando su brazo.

Fijó la mirada en aquella gran mano, que rodeaba su muñeca sin dificultad. Cuando Neil tiró de ella, no se lo impidió aunque su cuerpo se tensó por la cercanía. No sabía lo que se proponía,



pero por alguna extraña razón, en ese momento no le tenía miedo. Cuando la obligó a mirarlo a los ojos, así lo hizo. No vio maldad en ellos y se tomó la licencia de sonreír con timidez.

-Muchas gracias, Marsali –dijo él, con voz firme–. Te debo la vida y juro que hallaré el modo de pagártelo.

-Recupérate y regresa a tu hogar –respondió ella–. Es lo único que te pido.

Salió de la cueva con la sensación de que algo había cambiado para siempre en su vida. Que aunque Neil se marchase, no podría continuar su vida tal y como la conocía. Algo en su interior había nacido y estaba creciendo. Un anhelo que nunca antes había sentido. No podía darle forma todavía, ni explicarse qué era lo que necesitaba, pero estaba ahí, removiéndola por dentro. *Un nuevo despertar*, se dijo.

Entró en la cabaña como si fuese la primera vez que lo hacía y la vio con otros ojos. Cada cosa en ella le recordaba la insulsa vida que había estado llevando. Cada destello de su pasado, encerrado entre aquellas cuatro paredes, parecía burlarse de ella, gritando en silencio que hasta ni siquiera había estado viviendo realmente antes de su encuentro con el hombre en el río. Definitivamente, algo había cambiado en ella esa noche.

### 3

-¿De dónde vienes?

Iona enfrentó a su hija nada más la vio pasar junto a la puerta de su cuarto, que siempre dejaba abierta. Apenas empezaba a amanecer y Marsali no tenía por costumbre levantarse antes que ella, por eso le había sorprendido encontrarla despierta ya y llegando del exterior. Notó cómo se tensaba antes de entrar en la habitación y supo que le estaba ocultando algo.

-No podía dormir y salí a observar las estrellas –dijo–. Sabes que eso me tranquiliza siempre.

-¿Sigues pensando en ese hombre? –se levantó de la cama y buscó su ropa en el arcón.

Durante los 18 años que llevaban viviendo en aquel lugar, había logrado acondicionar la cabaña y vivir de la tierra, haciéndolo todo con sus propias manos. De saber poco más que cocinar al huir, había acabado siendo costurera, ebanista, herrera, labriega y todo cuanto necesitó para subsistir en un lugar donde solo contaba consigo misma. A medida que Marsali crecía e iba adquiriendo cada habilidad que su madre había aprendido por su cuenta, compartían el trabajo y los inviernos se hacían más llevaderos.

-Deberíamos haberlo ayudado, madre –le recriminó–. En nuestra conciencia pesará su muerte.

-No en la mía –la miró con reproche–. Ni tampoco en la tuya, Marsali. Los hombres no ofrecen nada, más bien lo quitan. Te arrebatan la inocencia, la juventud, las ilusiones. Te arrebatarían la vida si pudiesen.

-Pero no han de ser tan malos –insistió–, si una vez amaste a uno.

-¿Quién te dice que amé a alguien?

-Me tienes a mí. Eso ha de significar algo.

-Tú solo fuiste un error para tu padre. Uno del que se quiso desprender, nada más conocer tu existencia. El amor no existe, niña. No creas ni por un momento, que ese hombre deseaba tu llegada. Eras la prueba de su traición a los votos matrimoniales –a medida que hablaba, su voz se fue alzando hasta terminar en gritos–. No te quería. No me quería. Los hombres no merecen nuestra compasión. Solo la muerte.

-Madre –las lágrimas empañaban sus ojos–, no digas eso. Es muy cruel.

-Es la verdad, Marsali. Cuanto antes comprendas el daño que son capaces de provocar, antes dejarás de sentir lástima por el hombre del río.

-No todos son iguales –sabía que cometía un error al defenderlo, pero no podía creer que Neil fuese como su madre estaba describiendo a su padre.

-Pobre ilusa. Suerte que estamos ocultas del mundo –bufó–. Te he salvado de una vida de dolor. Deberías estar agradecida. Ahora, ve a preparar el desayuno.

-¿Qué vas a hacer? –le preguntó, al ver que cogía de nuevo la espada.

-Voy al río –anunció–. Debo enterrar el cuerpo, antes de que atraiga a los animales salvajes.

Marsali no dijo nada y obedeció a su madre. Después de ver su reacción al creer que se había preocupado por él, no quería ni imaginar qué haría si descubría que le había ayudado. Intentó preparar una mentira convincente para cuando regresase del río y le dijese que no estaba allí. Debía hacerle creer que no tenía nada que ver con aquello o le obligaría a decir dónde lo había escondido. Después de todo lo que le había dicho sobre los hombres, temía que quisiese matarlo con sus propias manos.

Permaneció en la cabaña, nerviosa, cuando su madre salió dispuesta a ocultar el cadáver de los animales. Aunque intentó hacer las tareas que le había pedido, su mente iba del río a la cueva y de regreso al río. No sabía qué pasaría cuando regresase su madre y tenía miedo de que viese en sus ojos la verdad que no iba a contarle, así que se sintió tentada a esconderse en la cueva con Neil, para evitar enfrentarse a ella. Mas no lo hizo y solo rezó para que nada saliese mal.

Iona apareció poco después, con ojos enloquecidos y se acercó a ella con rabia, apenas contenida. Sujetó con fuerza sus brazos, mientras la increpaba a voces.

-¿Dónde lo has metido, Marsali? ¿Qué has hecho con él? ¿Acaso no te dije que lo dejases morir?

-No sé de qué me hablas, madre –la miró, asustada.

-No te hagas la loca, hija. ¿Dónde está?

-No lo sé.

-Fuiste a verlo anoche –la acusó–. Lo has escondido y pretendes salvarlo. ¿Dónde está?

-No, madre –la estaba lastimando en los brazos, pero Iona no aflojó su agarre cuando intentó soltarse de él –. No he hecho nada.

-Confíesalo –la zarandeó.

-Me haces daño.

-Confíesalo –le repitió, apretando tanto que Marsali supo que le saldrían cardenales.

-Vale –sollozó de dolor–. Fui a verlo.

Su madre la liberó y se frotó los brazos doloridos. Su mirada decepcionada le lastimó mucho más que su sujeción, pero no habría obrado de forma diferente aun sabiendo lo que pasaría después. Su conciencia no le permitiría dejar morir a nadie.

-Estaba intranquila –explicó, esperando que creyese sus mentiras–. No podía dormir, así que fui al río a verlo, pero cuando llegué, ya no estaba.

-Mientes –la acusó una vez más.

-Allí no había nadie, madre.

-Tan herido como estaba, no se habría podido mover solo –se negaba a creer la historia de su hija.

-No sé cómo lo hizo, pero cuando llegué no quedaba rastro ya de él –rogaba al cielo que su mentira fuese lo suficientemente creíble para su madre–. Tal vez no estaba tan mal como creías.

-Si es cierto lo que dices –entrecerró los ojos cuando la miró fijamente, tratando de encontrar la verdad–, hay un hombre peligroso, vagando por el bosque. No quiero que te alejes de la cabaña hasta que dé con él y lo mate.

-¿Matarlo? –la miró con espanto.

-Ya conoce el lugar, Marsali. No puedo permitir que se vaya. ¿Y si le habla a otros de dónde ha estado?

-No sabe que estamos aquí –insistió–. No creo que le interese hablar de este lugar. Si no...

-Te quedarás cerca de la cabaña mientras rastreo el bosque –la interrumpió–. Se acabó la discusión.

-Madre –no estaba dispuesta a claudicar–, debemos buscar provisiones para el invierno. Ya se acerca y no podremos sobrevivir sin leña, ni carne, ni...

-No me llevará mucho dar con él –le impidió hablar–. Puedes encontrar leña cerca de la cabaña por ahora y de la carne ya nos encargaremos después.

-Pero, madre...

-Ya basta, Marsali. Haz lo que te digo.

-Está bien, madre –bajó la cabeza y guardó silencio.

Sabía que si insistía más, acabaría por preguntarse a qué se debía, y la vigilaría más de cerca, así que dejó que creyese que le haría caso. Era la única forma que tenía de poder ir a ver a Neil.

-¿Qué haces? –preguntó su madre al ver cómo salía de la cabaña, con su bolsa de medicinas en la mano.

-Voy a revisar si necesito algo –le dijo–. Hace tiempo que no repongo mis existencias. Estaré aquí sentada, no te preocupes.

Le señaló el banco que habían colocado delante de la cabaña hacía tiempo y su madre asintió, conforme. Aunque entró en la casa después, Marsali sintió su mirada sobre ella durante el resto de la mañana. Con cada hora que pasaba, sus esperanzas de poder ir a la cueva se iban esfumando, no así su determinación. Neil la necesitaba y no pensaba fallarle.

-Madre –dijo cuando terminaron de comer–, he visto que me faltan algunas plantas en mi inventario. Son las que más uso a diario y...

-No vas a ir hasta que dé con él –la detuvo.

-Madre, es importante. No tardaré más de un par de horas, puede que tres, si no las encuentro tan rápido como espero.

-¿Y si te lo encuentras? ¿Y si intenta matarte? Es muy peligroso, Marsali.

-Tendré cuidado, madre. Te lo prometo.

Su madre la observó durante largo tiempo, mientras pensaba en qué respuesta darle. Todavía sospechaba de ella, pero era cierto que el invierno se acercaba y no podrían sobrevivir si no se preparaban ya. Y desde luego, la provisión de hierbas curativas de su hija era mucho más importante que cualquier otra cosa. Ya el invierno pasado, habían tenido suerte de que Marsali se aprovisionase bien, porque había estado enferma en varias ocasiones por el frío extremo del lugar. Por eso, cedió.

-Te quiero en casa antes de que anochezca. Y llévate esto –le entregó una daga. Nunca antes la había visto y se maravilló con su elaborado ornamento.

-Es hermosa –le dijo, con una sonrisa en los labios.

-Fue un regalo que tu padre me hizo la noche en que le entregué mi inocencia.

-¿Y por qué me la das a mí? –se ruborizó al pensar en ese momento tan íntimo entre sus padres.

-Para que veas que para un hombre, la mujer no vale más que una simple daga. Por más bonita que pueda ser, si no le es útil, se deshará de ella.

Supo, por las duras palabras de su madre, que no la había creído cuando le dijo que no había ayudado a Neil. Aun así, fingió no darse por enterada y guardó la daga en su bolsa después de agradecerle el regalo.

-Úsala, Marsali –le dijo, antes de dejarla marchar. Y sintió que le estaba ordenando acabar con la vida de Neil.

## 4

Por el camino, recogió las hierbas que necesitaba. De ese modo, se reabastecería como le había dicho a su madre y esta no sospecharía nada. La mayoría de las hierbas que usaba se encontraban cerca de la cueva, así la había descubierto, así que podría hacer ambas cosas, sin perder tiempo.

También recogió algunas bayas y revisó las trampas que colocaban en los lugares de paso de los animales que cazaban. La suerte parecía estar de su lado, pues encontró dos de ellas llenas. Le dejaría a Neil una de las presas y se llevaría la otra a casa, de tal modo que su madre sabría que había ido a donde le había dicho y se relajaría en torno a ella. No le gustaba mentirle, pero tampoco podía permitir que matase a Neil.

Igual que la primera vez que lo vio, su corazón latió con tal fuerza, que podía sentir el pulso en los oídos. Tragó varias veces, aunque su garganta estaba seca, antes de decidirse a entrar. No creía que Neil fuese como los hombres que su madre había descrito, pero parte de su ser clamaba por huir mientras caminaba hasta el fondo de la cueva.

Su ignorancia sobre el mundo fuera de su refugio en el bosque la instaba a ser precavida, sin embargo, la curiosidad la alentaba a arriesgarse. No sabía qué le ocurriría estando con Neil, pero quería averiguarlo.

-Hola –Neil sonrió al verla. Parecía aliviado.

-Hola –contestó, mientras dejaba la caza en la mesa– ¿Cómo estás? ¿Te duele la herida?

-Estoy bien. Puedo soportarlo.

Marsali sabía que mentía, pues su rostro reflejaba el padecimiento que estaba sufriendo. Pero aunque no fuese así, estaba segura de que una herida como la suya dolería bastante. Se reprendió por no habersele ocurrido antes, dejarle los ingredientes para hacerse una infusión que le ayudase a sobrellevarlo mejor. Se prometió hacerlo cuando se fuese.

Se movió con rapidez por la cueva, con decisión, y se dispuso a preparar una en ese mismo momento. Una vez le hiciese efecto, podría cambiarle el emplasto y la venda, sin que le resultase demasiado incómodo. Mientras lo hacía, vio que todavía conservaba parte del pan que le había dejado la noche anterior y eso le preocupó.

-¿Por qué no lo has comido todo? –lo señaló.

-Trataba de racionarlo.

Lo miró y supo que tampoco él terminaba de fiarse de ella. No podía culparlo, no se conocían. Apartó la mirada y continuó con su trabajo. No diría que no le había molestado que desconfiase de ella, después de haberle salvado la vida, pero podía entenderlo. Quizá después de alguna visita más, acabaría entendiendo que no tenía intención de dejarlo morir en la cueva.

-Bebe esto y después revisaremos la herida.

-¿Qué es? –miró el líquido con curiosidad genuina.

-Te ayudará con el dolor –no quiso entrar en detalles porque estaba muy nerviosa con su cercanía y podía fallarle la voz, delatándola.

Neil se bebió la infusión de un sorbo e hizo un gesto de disgusto al notar su sabor amargo. Marsali sonrió al verlo. No le había dicho que tenía mal sabor, para que no se negase a tomarlo. Su madre, por ejemplo, prefería padecer antes que hacerlo y solo cuando ya no podía soportarlo más, claudicaba. Frunció el ceño al pensar en ella.

-¿Pasa algo?

-Mi madre –ocultó el rostro, bajando la cabeza–. Si descubre que te estoy ayudando...

-Te dije que me quedaría dentro y eso hice –aseguró, mientras sujetaba su mentón con una mano y alzaba su cabeza en busca de sus ojos–. Has regresado con comida y pretendes curarme, tal y como prometiste. Ahora sé que no mientes y puedo confiar en ti. Haré todo lo que me digas. No quiero causarte problemas con tu madre.

-Gracias.

Neil no le permitió apartar la mirada, pero no estaba segura de que lo hubiese hecho, si llegase a soltarla, porque se sentía atrapada por la profundidad de sus ojos negros. Como si de un imán se tratase, se sentía atraída por ellos. Solo salió del trance cuando estaba a escasos centímetros de su rostro. Pestañeó un par de veces y se alejó, cohibida, por lo cerca que habían estado el uno del otro. ¿Qué había sucedido?

-Voy a... –no podía pensar con claridad y cerró los ojos para centrarse–. Voy a revisar la herida.

-De acuerdo –su voz sonó más grave y lo oyó aclarar la garganta, pero no se atrevió a mirarlo.

Se tomó más tiempo del necesario para prepararse y cuando por fin se acercó a él para retirar la venda, ya había logrado controlar a su errático corazón.

Sin mirarlo en ningún momento, limpió los restos de la pasta para comprobar cómo estaba la herida y no le gustó ver que todavía no había cerrado, aunque ya tenía mejor aspecto que el día anterior. Al menos, no parecía haber infección, lo que era una buena señal. Cuando se disponía a lavar la zona, observó que todo él estaba sucio. Probablemente llevaba días sin tocar el agua y se le ocurrió que debería darse un baño. La noche anterior no se había fijado por sus prisas para llevarlo hasta la cueva, pero ahora no podía dejarlo pasar. Si no había infección todavía, podría haberla si no se limpiaba todo el cuerpo.

-Cerca de aquí pasa el río –le dijo– ¿Te sientes capaz de caminar hasta él?

-Necesito un baño –asintió, sin sentir vergüenza. Sin embargo, ella se ruborizó por haberlo insinuado. No pensó en que pudiese ofenderlo, pero al parecer, no lo hizo–. Creo que podré.

-Yo te ayudo.

El camino fue una tortura para él, pero no escuchó salir ni una sola queja de su boca. Tan solo un suspiro de alivio en cuanto pudo sentarse en la orilla. A pesar de la vergüenza, lo ayudó a desnudarse y se llevó la ropa, donde no pudiese verlo, para lavarla mientras él hacía lo propio con su cuerpo. Había llevado una tela vieja que tenía en la cueva para que Neil pudiese cubrirse hasta que su ropa estuviese en condiciones de ser usada.

-Me siento un hombre nuevo –le sonrió en cuanto regresó con él–. Gracias.

-No he tenido nada que ver esta vez –tomó su bolsa de medicinas y se dispuso a preparar la mezcla para la herida.

-Sin ti no habría llegado muy lejos.

-¿Cómo has acabado en este bosque? –su curiosidad era demasiado grande, como para no preguntar por eso.

-Recuerdo que estaba en una partida de caza con el jefe de mi clan cuando nos atacaron –frunció el ceño al pensar en ello–. Luchamos para defendernos y no sé cómo, me fui alejando del grueso del grupo, hasta que me acorralaron. Apenas pude escapar con vida de allí. Perdía tanta sangre, que no conseguía ver ni por dónde iba. Sé que caminé durante horas, pero al final me rendí al agotamiento... y tú me encontraste.

-Mi madre dice que nunca nadie había entrado en el bosque antes.

-¿Qué hacéis viviendo aquí y solas? –fue su turno de preguntar– ¿De verdad no hay nadie más?

-Yo nací aquí. No conozco nada que no sea este lugar –terminó de vendar la herida y dejó las

manos en su regazo. Hablar con él le había servido para olvidarse de los nervios—. Mi madre no habla mucho de lo que pasó, pero sé que mi padre la trató mal y ella huyó.

-¿Y desde entonces vivís aquí? Ha de ser una mujer fuerte, si ha podido criar sola a su hija en un bosque —había admiración en su voz—. Y tú también. No creo que sea fácil crecer sin más compañía que la de tu madre.

-Nunca he conocido otra cosa —encogió los hombros.

-¿Por eso me has salvado la vida? —tomó una de sus manos antes de continuar— ¿Sientes curiosidad?

-La conciencia es lo que me movió a hacerlo —le dijo, mirándolo a los ojos—. No podía dejarte morir.

-Tienes buen corazón, Marsali —le besó la mano—. Te debo mi vida. Si algún día necesitas algo de mí, solo tienes que pedirlo.

-Será mejor regresar a la cueva —retiró la mano y se levantó—. Debo volver antes de que mi madre decida salir a buscarme.

-Tú mandas.

Una vez más, le ayudó a incorporarse y lo sostuvo de la cintura, mientras regresaban a la seguridad de la cueva. La comida y el baño le habían sentado bien y casi no le hizo falta apoyarse en ella al caminar. Y tal vez por eso, ambos fueron más conscientes de sus cuerpos rozándose. Aunque se repitiese que solo era una niña, demasiado joven e inocente, Neil no podía evitar la reacción de su cuerpo ante su cercanía. No le había pasado nunca algo semejante con alguien a quien acababa de conocer y se sentía desconcertado.

Cuando se sentó en el catre, la fatalidad o tal vez la providencia, hizo que trastabillasen y Marsali acabó sobre él. Y aunque el dolor se volvió insoportable por su peso, sentirla contra su cuerpo era tan placentero que todo lo demás dejó de importar. Sus miradas se cruzaron una vez más y como en la primera ocasión, a punto estuvo de besarla. Solo su férrea voluntad de guerrero bien entrenado lo detuvo en esa ocasión.

-Lo siento —notó la vergüenza en aquella disculpa y le ayudó a incorporarse. Y aunque sintió su ausencia al momento, se recordó que no era más que una niña, más inocente y vulnerable que cualquier otra de su misma edad por la vida que había estado llevando en aquel bosque, aislada del mundo.

-Está bien, no te preocupes —le sonrió.

La joven salió de la cueva con la presa en sus manos, para regresar después con ella ya limpia y lista para ser cocinada. Le explicó, sin que sus hermosos ojos ámbar lo mirasen ni una sola vez, cómo encender un fuego en la cueva para evitar que se llenase de humo y qué hierbas podía añadirle, para que la carne fuese más tierna.

-Volveré en cuanto pueda —le aseguró.

-Puedo racionarlo y tendré para unos días. No debes arriesgarte innecesariamente —aunque deseara verla de nuevo, no quería crearle problemas con la madre. Tal vez, un día sin verse le ayudaría a olvidar lo que le hacía sentir cada vez que la tenía cerca. Porque en ese mismo instante estaba deseando despedirla con un beso que la avergonzaría más de lo que se veía ya después de su traspie.

-Debo cambiaros la venda cada día —negó—. Intentaré venir antes de que anochezca.

-Te esperaré lo que haga falta —y sintió que lo decía por mucho más que una próxima visita.

## 5

Aunque Marsali consiguió despistar a su madre para volver a la cueva para cambiar la venda de Neil, supo que su madre comenzaba a sospechar algo cuando al día siguiente, encontró incontables trabajos para ella cerca de la cabaña, a cada cual más ridículo. La tuvo ocupada gran parte del día, sin darle un respiro salvo para comer y ya estaba prácticamente anocheciendo cuando la dejó libre por fin.

A pesar de que no habían vuelto a hablar sobre Neil, Marsali estaba segura de que su madre no se había olvidado de él, ni de que no había aparecido todavía. La había descubierto en varias ocasiones observando el bosque, como si esperase que saliese de entre los árboles para atacarlas. Que se llevase la espada con ella a todas partes era una prueba irrefutable de que temía que les sucediese algo malo. Y sabía que si no había salido a buscarlo todavía, era porque no quería dejarla sola, por si le había ayudado a pesar de que le dijese que no debía. Tenía miedo de ser descubierta, pero tampoco podía abandonar a Neil sin más.

-Voy a acostarme, madre –le dijo nada más terminar la cena–. Estoy agotada.

-Hasta mañana, hija –no vio la sonrisa de su madre al irse, pero tampoco esta supo que no se acostaría, ya que tenía la intención de escabullirse fuera cuando ella se durmiese. De saberlo, tal vez habría esperado más para retirarse a su propio cuarto.

Marsali permaneció pegada a la puerta, escuchando, hasta que la cabaña se quedó en silencio. Y después, esperó un poco más, antes de atreverse a salir fuera para comprobar que su madre estaba ya dormida. En cuanto se sintió segura, se abrigó bien y cogió un par de mantas extra para Neil. Buscó comida en la cocina y la guardó en el hatillo, después de envolverla, para que no se estropease por el camino. No quiso llevar demasiado, por si su madre descubría la falta, pero sería suficiente para un par de días más.

En aquella ocasión, prendió una antorcha que había improvisado esa misma tarde, mientras su madre se mantenía ocupada en otra cosa, lejos de ella. La luna no serviría de iluminación esa noche, porque estaba perdiendo fuerza en su fase menguante, así que sería más seguro de esa forma.

Sintió un escalofrío una vez en el bosque y aunque se debía más al frío del invierno que se aproximaba, era también por el miedo a que su madre descubriese lo que estaba haciendo. Le preocupaba igualmente que Neil no pudiese regresar a su hogar antes de que las primeras nieves cayeran. Si se quedaba atrapado en aquella cueva, no sobreviviría, pues los inviernos en el bosque eran muy duros.

Cuando entró en la cueva, apenas había luz en ella y dudó. Si estaba durmiendo, prefería no despertarlo, pues necesitaba mucho descanso para que la herida curase antes. Sin embargo, cambiarle el vendaje era igualmente importante, así que finalmente se acercó a él. Además, en su fuero interno, estaba deseando verlo, aunque fuese solo un momento. Le generaba mucha curiosidad.

-Creí que ya no vendrías.

La voz de Neil la sobresaltó. Enfocó la antorcha hacia el catre y lo encontró recostado en él. Tenía mejor aspecto que el día anterior, algo que la satisfizo pues así podría marcharse antes de que el invierno se les echase encima. Sin embargo, no pudo evitar fruncir el ceño, al recordar lo que había pasado al regresar a la cueva, después del baño. Parecía como si mejorar físicamente



hiciese que Neil le resultase mucho más atrayente, y no entendía la razón. Cuando estuvo en su regazo, tuvo la sensación de que esperaba algo de ella y aunque no supo identificar qué, su necesidad de alejarse de él para serenar a su corazón se volvió imperiosa. No sabía por qué su cuerpo reaccionaba de ese modo ante él, ni lo que se suponía que debía hacer al respecto. Su madre apenas le había hablado de lo que pasaba entre un hombre y una mujer, salvo para advertirle que las consecuencias de semejante acercamiento eran un bebé en su tripa. Y aunque se había quedado con más dudas, después de su vaga explicación, supo que no obtendría nada más de ella, así que desistió de preguntar y poco después perdió el interés. Hasta que conoció a Neil.

La idea de que pusiese uno de esos bebés en su tripa, la acaloró, hasta el punto de tener que ocultar su rostro, para que no viese el intenso rubor que lo cubrió. Se reprendió por pensar en eso, cuando lo importante era que se curase y pudiese ir a su casa antes del invierno.

-Mi madre me tuvo ocupada todo el día –se disculpó.

-No era un reproche, Marsali.

-Voy a cambiar la venda –dijo, incapaz de mirarlo al rostro todavía.

Neil se incorporó para descubrir su torso y facilitarle la tarea. El sonrojo de Marsali continuaba ahí cuando se acercó a él para empezar. Se arrodilló a los pies del catre y comenzó a retirar la venda con cuidado. Entonces, vio manchas rojas en ella y frunció el ceño. No debería haber sangrado, esa no era buena señal. Neil debió notar su preocupación porque habló antes de que ella preguntase.

-He intentado caminar por la cueva para comprobar si sería capaz –ahora era él quien sonaba a disculpa–. Lo logré, pero creo que el corte se resintió.

-No deberías hacer esfuerzos todavía –lo miró desde el suelo. En esa posición se sentía más pequeña de lo que ya era–. Si se abre, podría infectarse. Si aparece la fiebre no podré estar a tu lado para vigilarte. Es peligroso.

-Lo siento –tomó una de sus manos–. No pensé en eso. Me siento fuerte y pensé que me vendría bien hacer un poco de ejercicio para recuperarme antes. Tal vez me pudo la emoción.

-Espera a que yo esté aquí para intentarlo de nuevo –retiró su mano y continuó con el trabajo–. Así podré valorar tu mejoría.

Sabía que Neil la estaba observando mientras hacía su trabajo y eso la ponía nerviosa. Ardía en deseos de mirarlo a su vez, pero no se atrevía por miedo a lo que pudiese sentir si lo hacía. Cuando se topaba con sus ojos, parecía caer en una especie de trance y no era capaz de pensar con claridad. Se concentró en la herida y comprobó, con alivio, que no era tan grave como había pensado en un primer momento.

-Sigue cerrada –le dijo–. Eso es buena señal.

-Entonces, ¿puedo seguir caminando?

-Si descansas cada poco tiempo y no fuerzas, puedes –en esa ocasión lo miró al hablarle.

-Gracias –la sonrisa que le dedicó la dejó sin aliento y le costó apartar la mirada de su boca.

-Pronto empezará a nevar –se levantó para preparar un nuevo emplasto– y deberías estar en condiciones de irte antes de que pase. Si te quedas aquí, morirías congelado en cuestión de días.

-¿Cuánto tiempo tengo?

-Semanas, tal vez. Con suerte.

-¿Tan poco?

-Eres fuerte –estaba de nuevo arrodillada a su lado, colocándole la medicina y la venda cuando habló–, si sigues mis indicaciones, te recuperarás antes de eso.

-Y no volveremos a vernos.

El anhelo en su voz le hizo mirarlo y se perdió en la negrura de sus ojos una vez más. ¿Había insinuado lo que creía? ¿Acaso quería pasar más tiempo con ella? La idea dio alas a su corazón y lo sintió revolotear en su pecho. Apartó la mirada, azorada, pero la mano de Neil tomó su mentón, obligándola con delicadeza a levantar la cabeza hacia él. Su instinto le decía que se alejase, pero su curiosidad la mantuvo en el sitio.

-¿Acaso no te gustaría conocerme mejor? ¿No tienes preguntas para mí? –acercó su rostro al de ella–. Yo estoy muy intrigado contigo, Marsali. Cada vez más.

-No hay tiempo para eso –dijo en un susurro–. Si el invierno llega, morirás en esta cueva.

-Siempre hay tiempo, si lo deseas realmente, Marsali –la obligó a sentarse en su regazo.

-No en este caso, Neil.

-Repite mi nombre, por favor –sus rostros, a escasos centímetros, parecían atraerse más y más.

-Neil –susurró de nuevo, incapaz de elevar la voz. Los nervios la enmudecían.

-Me gusta cómo suena en tus labios.

Y sin más, la besó. No pretendía seducirla con aquel gesto, simplemente fue incapaz de negarse por más tiempo el probar el sabor de sus labios. Desde que se despertó y la vio, se sentía totalmente hechizado por Marsali; con sus grandes y expresivos ojos, con aquel rostro angelical, y el largo y espeso cabello que no se recogía nunca, le parecía un ser celestial venido a la tierra para salvar a la humanidad. Pero aunque era consciente de que era de carne y hueso, y no dejaba de recordarse que era demasiado joven e inocente, no podía resistirse a su encanto.

Sin embargo, su inexperiencia al devolverle el beso, lo detuvo. Aquella muchacha le había dicho que era el primer hombre que veía en su vida y no quería que se llevase una mala impresión por su culpa. Si debían separarse en algún momento, quería dejarle un buen recuerdo de sus encuentros. Que al pensar en lo que habían vivido, pudiese arrancarle una sonrisa de los labios. Sobre todo, después haberle contado que su madre huyó de la seguridad de su clan por culpa de su padre. Dudaba de que la mujer tuviese una buena opinión de los hombres, si eso era cierto y no estaba dispuesto a darle la razón, comportándose como un bárbaro con su hija.

Aunque, en el fondo, seguía pensando que se trataba de algún sueño extraño provocado por la fiebre. Que tal vez seguía herido de muerte en algún lugar en lo más profundo del bosque en el que se adentró tras ser atacado y que su mente se había perdido en la inconsciencia. Que esto no era más que un refugio que había creado en su mente, para que el dolor no lo consumiese completamente. O tal vez era un paso previo a la muerte, ni más ni menos.

Claro que en los sueños no se siente dolor y lo había notado antes de tomarse las infusiones que le daba Marsali, lo que desmentía su teoría. Además, en los sueños, nada era tan tangible como lo estaba siendo ella entre sus brazos en ese momento. En los sueños, todo era atemporal y él había visto pasar del día a la noche y viceversa al menos en una ocasión. Se sentía confuso en muchas cosas, pero no en lo que le hacía sentir la muchacha menuda que todavía tenía en su regazo y que lo estaba mirando con ojos curiosos. Le acarició la mejilla con auténtica adoración. No solo era bella por fuera, sino que tenía un buen corazón. Era compasiva y se preocupaba por su bienestar. Era eficiente e independiente. Una superviviente. Era tal y como deseaba que fuese su esposa. Si no fuese tan joven, no vacilaría tanto en conquistarla porque era la mujer que siempre había esperado encontrar.

-¿Por qué has hecho eso? –le preguntó.

-Porque quería conocer tu sabor –le dijo.

-¿Y qué sabor tengo?

-Eres dulce.

-Gracias –ocultó el rostro, cohibida.

Aquel gesto inocente, hizo que Neil decidiese alejarla de su cuerpo, antes de que descubriese lo que había provocado en él con su cercanía. Seguramente nunca había experimentado nada como aquello ni su madre le habría contado nada sobre las pasiones carnales. Y aunque le habría gustado mostrárselo, sabiendo que se tendría que ir, no quería darle la razón a su madre sobre los hombres que abandonan a las mujeres una vez han obtenido lo que quieren de ellas. En su caso, no sería así en otras circunstancias, pero sabía que el tiempo a su lado era escaso y solo quería dejarle un buen recuerdo suyo.

-Es tarde –le dijo, con preocupación, al recordar que se había aventurado sola en el bosque, por la noche, para venir a verlo–. Deberías volver ya.

-Sí –asintió, empezando a recoger sus cosas–. Quizá no pueda venir mañana porque mi madre desconfía de mí, pero estás mucho mejor, así que dejaré unas vendas aquí y tendrás que limpiar la herida tú mismo con agua. Te enseñaré a mezclar las hierbas para el emplasto y...

-Estaré bien –la interrumpió, al notar que estaba tan nerviosa, que le temblaban las manos–. Dime cuáles son las hierbas y sabré preparar el ungüento. Puedo quedarme solo un día o dos, no te arriesgues por mí.

Marsali asintió, en silencio, y después de explicarle lo que debía hacer, se marchó. Por un momento, vaciló frente a la cueva, deseando volver a entrar y hablar con Neil sobre lo que había sentido al besarse con él, pero la vergüenza le hizo continuar su camino hacia la cabaña. Por suerte para ella, su madre seguía en la cama, durmiendo, cuando llegó.

## 6

Tal y como había previsto, al día siguiente, su madre le encomendó tal cantidad de tareas, que sabía que apenas tendría tiempo para descansar.

-¿A dónde iréis vos? –le preguntó, al ver que muchos de los trabajos que debía hacer, solían ser cosa de su madre.

-No estoy tranquila sin saber qué ha pasado con ese hombre –le dijo, a modo de advertencia–, así que iré al bosque a buscar su rastro. Cuando vuelva, quiero que las tareas estén terminadas, Marsali. Todas ellas.

-Sí, madre –asintió, feliz por haber previsto aquello la noche anterior. Aunque no pudiese ver a Neil, sabía que estaría bien sin ella–. Todo estará listo a vuestro regreso, os lo prometo.

-Bien –asintió, conforme.

Marsali esperaba que, si veía que cumplía con lo que le había pedido, dejase de desconfiar de ella y no la controlase con tanto celo. Tener que contar las pocas horas que pasaba con Neil, cuando tenía tantas cosas que preguntarle, la decepcionaba bastante y quería poder ir a verlo sin estar pendiente de que su madre apareciese por allí para descubrirlos. No le quedaba demasiado a su lado, pues tendría que irse antes de que la nieve empezase a caer, pero esperaba poder aprovecharlo para saciar su curiosidad.

Su madre, en cambio, seguía pensando que Marsali tenía algo que ver con la desaparición del hombre y se dedicó a buscar en los alrededores de los lugares que solía frecuentar su hija, por si descubría algo. No podía permitir que envenenase la mente de Marsali con mentiras y promesas que nunca cumpliría, pues sabía que lo haría. Su hija era suficientemente guapa como para que aquel hombre la desease solo al verla y sabía que la seduciría y la arrastraría al desastre. Y aunque le suponía un duro recordatorio de su propia estupidez, pues cada día se parecía más a su padre, no deseaba que sufriese sus mismas decepciones. No se merecía sufrir por un hombre egoísta, que solo la querría para satisfacer su propio placer.

-Te encontraré –susurró, mientras se adentraba en el bosque– y te mataré. Marsali no sufrirá por ti. Habían pasado dos días y no había encontrado rastro de él, a pesar de haber estado buscado alrededor de la cabaña, pero necesitaba ir más lejos, incluso hasta el linde del bosque, para asegurarse de que se había ido. Y solo cuando creyó que su hija aceptaría quedar en la cabaña sola, haciendo el trabajo, se decidió a ir más lejos en su rastreo del hombre.

La necesidad la había convertido en una rastreadora eficaz, para encontrar comida y sobrevivir en el duro bosque donde había decidido esconderse del mundo y del hombre que la obligaría a renunciar a su hija. Y por eso, no tardó en encontrar evidencias de Marsali en algunos de los lugares que más frecuentaba, pero la mayoría no eran recientes, lo que le decía que no lo había escondido por allí. A pesar de ello, decidió ir en pos de algunas huellas, por si descubría otro lugar al que su hija iba, sin que se lo hubiese contado. Ella también había sido joven y comprendía que Marsali sintiese la necesidad de buscar un lugar donde no la pudiese encontrar, donde probarse a sí misma y todo lo que estaba experimentando a medida que crecía. En el fondo, se alegraba de que su hija no la asaltase con docenas de preguntas que no quería responder. Cuanto menos supiese su hija de todo, más feliz sería viviendo con ella en el bosque. En su situación actual era muy peligroso sentir anhelo de algo más, pues si una de las dos faltaba, la otra no podría sobrevivir en el bosque. Lo había pensado muchas veces, viendo que también ella sentía

los años pasarle por encima. Ya no era tan joven como cuando el laird se fijó en ella, ni cuando pudo dar a luz sola. No sabía lo que le pasaría a su hija una vez faltase, pues aunque sabía, en el fondo, que debía prepararla para abandonar el lugar tras su muerte, no quería exponerla al mundo y a su crueldad.

-Concéntrate en lo que estás, Iona –se reprendió–. El futuro todavía no ha llegado. Ni lo hará como quieres si ese hombre sigue por aquí.

Algunas de las marcas que había dejado su hija no la llevaron a ninguna parte, salvo al camino de regreso a la cabaña. Sin embargo, cuando pensaba rendirse y volver a casa, un ruido, apenas perceptible, la alertó. Desenvainó la espada y se dirigió hacia la fuente del mismo. Nunca había aprendido a usar el arma, pues lo usaba más bien para sentirse segura, pero estaba dispuesta a clavárselo a quien estuviese allí.

-Muéstrate –gritó, apuntando con la espada hacia el lugar del ruido. No esperaba que le respondiesen o le hiciesen caso, pero sintió que debía intentarlo.

Al traspasar los matorros, se encontró con un conejo y ambos se asustaron del otro. El animal saltó lejos de ella, dejándola con el corazón golpeando su pecho a mil por hora. Fue entonces, cuando comprendió que aquella búsqueda era peligrosa pues, incluso herido, el hombre podría acabar con su vida en un suspiro.

Regresó a la cabaña antes de lo que había pensado y sintiendo que había fracasado. Se encontró a su hija almacenando la leña que había partido. Supo que no se había movido de allí, pues aquel era un trabajo duro y sintió un alivio indescriptible. Quizá, después de todo, ella le había dicho la verdad y no lo había ayudado. Aunque eso no la tranquilizaba tanto como había esperado, porque seguía sin saber dónde había ido aquel hombre o qué intenciones tenía hacia ellas. Hasta que las primeras nieves cayesen y lo cubriesen todo, no lograría relajarse.

-¿Habéis encontrado algo? –le preguntó la joven, con el sudor perlado su frente por el esfuerzo.

-Nada –negó–. Seguramente se haya ido ya.

-¿Entonces puedo volver a mis rutinas? –tal vez sonó demasiado ansiosa, pero Iona no hizo alusión a ello.

-Has de tener cuidado igualmente –le advirtió–. Si no se ha ido y solo está escondido, podría ser peligroso.

-Sí, madre. Tendré cuidado.

-Ahora, termina tus tareas –a pesar de lo que había dicho, no pretendía dejarla libre para que se alejase, por más que supusiese que ya estaban solas otra vez.

Marsali respiró tranquila al ver regresar a su madre y se sintió aliviada al saber que no había sido capaz de encontrar a Neil. Conocía su gran habilidad para el rastreo y temió que encontrase algún indicio de su camino hacia la cueva. Había procurado borrar todo rastro de sus visitas, pero le preocupaba que algo se le hubiese pasado porque no era tan buena como su madre en eso.

La noche no tardó en llegar y aunque había esperado ir a ver a Neil para comprobar que estuviese bien, su agotamiento pudo más y en cuanto tocó la cama, se durmió hasta el amanecer del día siguiente.

-Hoy tenemos mucho que hacer, Marsali –su madre la abordó nada más salir del cuarto–. Hay que buscar comida y comprobar las trampas que colocamos ayer porque estoy segura de que ya ha caído algún animal y no quiero que los carroñeros se lo lleven.

-¿No lo habéis hecho vos ayer mientras buscabais?

-No había nada todavía.

-Yo puedo ir a por las plantas y vos...

-No –la interrumpió–. Hasta que lleguen las primeras nieves, iremos juntas a todas partes.

-Pero vos dijisteis ayer que...

-Sé lo que dije, pero hay que ser precavidas.

Marsali sintió cómo su ánimo caía en picado, al saber que no podría ir con Neil por el día. Y temía que por la noche, el cansancio pudiese de nuevo con ella. Su madre parecía dispuesta a darle otro día agotador.

-Irámos más rápido si dividiésemos el trabajo –aun sabiendo que no le haría caso, no pudo evitar insistir, después de una hora recolectando frutos y bayas del bosque–. Siempre lo hemos hecho así y funciona.

-¿Por qué tanta insistencia en estar sola, Marsali? ¿O acaso debo suponer que me ocultas algo?

-No os oculto nada, madre, pero el invierno se acerca y siempre hemos repartido los trabajos para tenerlo todo listo antes de que la nieve caiga. Yo podría estar ahora mismo comprobando las trampas.

-Y llevándole algo a ese hombre.

-Creía que... –le sorprendió su acusación–. ¿Todavía pensáis que le ayudé?

-No –se retractó al momento, pero Marsali no acabó de creerla. Quiso convencerla de que no había hecho nada, pero temía que sus mentiras la delatasen, por lo que optó por guardar silencio.

Sin embargo, el ambiente entre ellas se vició y ya no volvieron a hablar, salvo cuando Iona decía a dónde irían a continuación. Con el paso del tiempo, Marsali comprendió que aunque no había encontrado a Neil, su madre seguía pensando que estaba en el bosque y que no la dejaría vagar sola, por si se lo encontraba.

-¿Queréis que lleve esto a la cabaña ahora y lo vaya preparando para su conservación? –sugirió, una vez más, desesperada por acabar el trabajo antes de que la noche se les echase encima y se durmiese otra vez, agotada por el largo día de trabajo. Neil podía haber aguantado un día sin que le llevase comida, pero no dos, si no podía salir a cazar él mismo. Tenía que ir a verlo esa noche o el hombre no podría quedarse allí dentro por más tiempo. Incumpliría su promesa y su madre encontraría su rastro, pues algo le decía que Neil estaba subestimando a Iona y su odio por todos los hombres.

-Revisemos una trampa más y volvamos juntas –dijo Iona, no dispuesta todavía a perder de vista a su hija –. Esta tarde saldré sola a ver el resto y...

-¿No habéis dicho que no podemos estar solas? –su interrupción no fue bien acogida por su madre, que la miró con desdén–. Solo trato de hacer lo correcto, madre. No me miréis así.

-Lo correcto para ti es obedecerme –la reprendió–. Y desde que ese hombre apareció en el bosque, no has hecho más que contradecirme. No creas que porque uno de ellos haya llegado hasta aquí, aceptaré volver al mundo de ahí fuera, Marsali. Aquello no es lo que tú crees, solo hay crueldad y mentiras allí. Serías una presa fácil para cualquier hombre hambriento de tu cuerpo y como tonta, caerías en sus redes. Acabarías con un hijo en tu vientre al que odiarías solo por ser un recordatorio de tu estupidez.

-¿Eso es lo que soy para vos? –las lágrimas acudieron a sus ojos al escuchar aquellas duras palabras– ¿Soy un recordatorio de vuestra estupidez?

-Marsali... –la llamó, pretendiendo disculparse, pero era demasiado tarde, pues su hija corría ya hacia el interior del bosque, alejándose de ella con el corazón roto por el dolor.

Aunque pretendió ir a buscarla en un principio, no lo hizo, pues creyó que un tiempo a solas le ayudaría a entender que había hablado sin pensar. Tal vez había pensado en ello muchas veces, al notar que su hija se parecía a su padre cada vez más, pero la quería y no podría vivir ya sin ella.

*Volverá*, se dijo, convencida de que la encontraría en la cabaña cuando regresase, pero Marsali estaba más lejos de lo que ella pensaba de su hogar, pues había corrido en busca del consuelo de un hombre herido, por el que empezaba a sentir algo a lo que no podía ponerle nombre. O tal vez, no se atrevía a hacerlo.

-¿Qué sucede? –Neil la acogió en sus brazos, al verla llegar tan alterada, y permitió que llorase contra su pecho, mientras acariciaba su espalda en silencio. Le daría el tiempo que necesitase para tranquilizarse y que así pudiese responder a su pregunta.

-Mi madre me ha dicho que me odia –finalmente, le confesó el motivo de su dolor–. No fue así de directa, pero lo hizo. Dijo que era un recordatorio de lo que pasó con mi padre y que odiaba eso.

-Seguro que no lo decía en serio, Marsali –la consoló –. Cuando uno está alterado o enfadado, suele decir cosas de las que luego se arrepiente. Puedo imaginar que tu madre estaba en uno de esos dos estados, así que no te preocupes. Tu madre te quiere.

-Eso no puedes saberlo. ¿Qué madre obligaría a vivir a su hija en un bosque, sin ayuda de nadie y sin ver a más personas?

-Una madre demasiado dañada, que quiere proteger a su hija de esas personas crueles que la lastimaron.

-¿Y qué pasará conmigo cuando ella muera? –aquella pregunta había rondado su cabeza muchas veces, al ver cómo los años ajaban la juventud de su madre–. No podré quedarme en este bosque, no pasaría del invierno estando sola. ¿No crees que sería mejor que me enseñase a valerme por mí misma en ese mundo cruel del que habla, en lugar de esconderme de él?

Neil no tenía las respuestas, aunque sabía lo que él habría hecho de estar en su situación. Por más que el mundo diese miedo, ocultarse de él era imposible. Al final, el mismo mundo acabaría encontrándote.

-No puedo decirte qué debes hacer, Marsali, pero lo que tenéis aquí no es vida. Esconderse del mundo no hará que estés a salvo, pues creo sinceramente, que aquí corres más peligro que ahí fuera. Puede que sea complicado vivir con más gente, pues no todos serán buenos contigo, pero aislarte no es la solución.

-¿Y cuál es?

-Vivir –le limpió las lágrimas de los ojos–. Habrá días buenos y días malos; gente que te cuide y otra que te dañe; habrá alegría y tristeza, placer y dolor. Pero no todo lo malo es malo por completo, ni todo lo bueno es bueno simplemente. La vida es complicada, pero merece la pena. Marsali, quedarte en este lugar no es una solución, sino una condena.

Cuanto más hablaba, más convencido estaba de que no quería dejarla en aquel bosque, a merced de una madre que parecía haber perdido el juicio, por lo que Marsali le contaba de ella.

-Ven conmigo –le pidió, en un impulso, movido por la necesidad de alejarla de quien la estaba privando de una vida real–. Acompáñame a mi clan, cuando deje este bosque. Aquí ya no hay nada para ti, Marsali.

La duda bailaba en sus ojos, y Neil se descubrió a sí mismo deseando que le dijese que sí.

# 7

-Yo no... –Marsali no sabía qué responder a eso–. Mi madre... no puedo... no... esto es...

-No quería ponerte en un aprieto –dijo Neil, llevando sus manos a los brazos de Marsali–, pero es que creo que llegué a este lugar por una razón, Marsali. Creo que estoy aquí para llevaros a las dos de regreso a la civilización.

-¿A las dos?

-Sí –asintió–. Tu madre tampoco debe quedarse aquí. No es seguro para vosotras.

-Hemos vivido muchos años en el bosque –le recordó –. Nunca hemos tenido problemas.

-Pero el tiempo pasa y estoy seguro de que tu madre ya no es tan capaz como antes. Tú misma lo acabas de decir, Marsali. ¿Qué pasará si ella enferma... o tú? ¿Quién cuidará de vosotras? Venid conmigo.

-No querrá irse del bosque –negó. Puede que dudase de muchas cosas, pero tenía claro que su madre no abandonaría aquel lugar por propia voluntad.

-Nos la llevaremos –insistió, cada vez más seguro–. A la fuerza, si es necesario. Descubrirá que no todos los hombres son como tu padre. Quizá podría encontrar a alguien de quien enamorarse de nuevo.

-No sé. Ella... yo...

-¿Tú quieres venir conmigo? –la idea de que vacilase porque no le interesaba se le pasó por la mente. ¿Y si solo lo había salvado para satisfacer su curiosidad?

Le había dado muchas vueltas a la razón por la que Marsali había desafiado a su madre para salvarlo, y había creído ver en ello cierto interés personal, pero ahora que la veía tan indecisa, empezaba a dudar de sus conclusiones. Quizá solo le interesaba saber más de un mundo al que no iría nunca, y sin embargo, su decisión de llevársela con él, no disminuía por ello.

-Mi madre...

-Te lo estoy preguntando a ti, Marsali. No a ella. ¿Tú vendrías?

Marsali se lo había planteado algunas veces después del último invierno, cuando su madre lo pasó tan mal que casi no lo supera. Cada día tenía más claro que quedarse allí no era una opción para ellas ya, pero el odio de su madre por el mundo exterior era tal, que sabía que no abandonaría nunca el bosque. Y aunque ella quisiese hacerlo, no podría dejarla atrás. A pesar de todo, era su madre y la había cuidado siempre. Se lo debía.

Y sin embargo, al ver a Neil, sus deseos de algo mejor que un bosque frío y solitario, crecían. Se imaginaba viviendo con él, formando una familia donde los hijos no tendrían que esconderse de nadie, donde podría ser feliz con un hombre que la amase y la cuidase, sin que el miedo estuviese siempre presente. Neil era lo que necesitaba ahora, pero temía que él no opinase lo mismo y la dejase sola ahí fuera, una vez la sacase del bosque.

-Me gustaría ir –un intenso rubor cubrió sus mejillas–, pero tengo miedo de lo que pase después.

-No estarás sola, Marsali –le prometió–. No te dejaré sola.

-Pero tú tienes tu propia vida –las dudas empezaron a salir fuera y ya no pudo callar–, un clan, una familia que te estará esperando. Tienes amigos y gente que te quiere y...

-Tú formarás parte de eso –le alzó la barbilla, hasta que sus ojos se unieron en una intensa mirada–, si lo quieres así.



Marsali no sabía lo que le estaba preguntando, pero cuando Neil acercó sus rostros, no se apartó como lo había hecho en la otra ocasión. Ahora quería saber a dónde le llevaría aquella sensación que tenía en la boca del estómago y que le hacía querer más de algo que no conocía.

-Eres joven e inexperta, Marsali –la voz de Neil sonó más ronca e hipnotizante–. No quiero que hagas algo de lo que luego te puedas arrepentir. Si no paramos ahora, después no habrá marcha atrás.

-¿Qué quieres decir? –por un momento, se asustó.

-Que si ahora te beso –le explicó, mientras acariciaba su mejilla–, no podré parar y te haré el amor. Y si eso sucede, te llevaré conmigo, quieras o no. No seré un desgraciado como tu padre, no te abandonaré aquí a tu suerte. Yo te cuidaré. Y, si Dios lo quiere, hubiese puesto en ti un bebé, también lo cuidaría. Mi hijo no se criaría sin padre.

-Tu hijo –repitió, vacilante.

-Nuestro hijo –le acarició nuevamente la mejilla–. Si es que sucediese.

-Yo creía que... –la vergüenza detuvo su lengua.

-No siempre pasa, Marsali –le explicó–. En ocasiones, hacer el amor es solo placer. Desde que te he visto la primera vez, me has hechizado. Pienso en ti a todas horas, e incluso sueño contigo. No consigo sacarte de mi cabeza y créeme si te digo que lo he intentado.

-Yo también pienso en ti –su sonrojo se intensificó.

-No haremos nada que tú no quieras, Marsali –quería que ella estuviese segura de aquello porque para él, si compartían lecho, ya no habría vuelta atrás. Había estado con más mujeres, no era un monje, pero con ninguna había sentido lo que Marsali le hacía sentir, y sin haberla tocado todavía. Sabía que una vez fuese suya, no querría dejarla ir jamás. Por eso, necesitaba que ella estuviese totalmente segura de lo que iban a hacer. Que no se alejase de él, a pesar de la postura tan íntima en la que se encontraban, le dio alas a su esperanza de poder mostrarle todo cuanto se estaba perdiendo por vivir oculta del mundo. Le haría ver lo bueno que podía ser arriesgarse un poco. Si ella así lo quería, la cuidaría por el resto de su vida y siempre la protegería de todo mal. Incluso estaba dispuesto a llevarse a la madre con ellos.

-Imagino que tu madre no te habló de las diferencias que hay entre un hombre y una mujer –la miró a los ojos y cuando ella frunció el ceño, continuó hablando –. O de lo que sucede entre ellos, cuando se sienten atraídos el uno por el otro.

-Me dijo que yo fui el resultado de eso –susurró.

-Un bello resultado, desde luego.

-Pero mi padre quería deshacerse de mí –se removió inquieta en sus piernas, despertando una parte de sí mismo que ya estaba sensible por su cercanía.

-No todos los hombres harían eso, Marsali. Algunos serían tan felices como la madre al saberlo. Yo sería feliz –le recordó sus anteriores palabras.

-¿Y cómo puedo saberlo? Mi madre pensaba que mi padre la amaba, pero cuando le habló de mí, quería que me abandonase en un convento.

-No puedes saberlo –quería ser totalmente sincero, a pesar de que eso la pudiese asustar–. Solo tienes mi palabra de que es así. Puede que no te sirva de nada, pero no puedo darte más garantía que esa. Aunque, si me dejas demostrártelo, te prometo que nunca te decepcionaré. Estaré a tu lado mientras así lo quieras tú.

Todavía podía ver la duda en sus ojos y la abrazó, sin más, hasta que esos pequeños temblores que sentía, se quedaron atrás.

-Deberías volver a casa con tu madre –dijo después–. Seguramente estará preocupada por ti.

Piensa en lo que hemos hablado y si decides que quieres venirte conmigo, hablaremos de ello con más calma.

Estaba dispuesto a esperar por Marsali porque sentía que merecería la pena. Las objeciones sobre su edad hacía tiempo que habían desaparecido, o tal vez solo las había acallado, porque cuanto más conocía de la joven, más intenso era lo que sentía por ella. Nunca habría pensado que el amor a primera vista existiese, pero lo estaba experimentando desde que la conoció se le parecía tanto, que no podía negarlo.

La única forma de evitar aquello era marcharse antes de ir más lejos, y sin embargo, la sola idea de no ver a Marsali nunca más, le dolía en el pecho. Cuando no estaba cerca, lo atormentaban las dudas, en cambio, al verla, comprendía que la única vía posible era que la joven se fuese con él. Tanto si le correspondía en los sentimientos, como si no. Marsali no podía seguir en aquel bosque por más tiempo.

-No quiero volver todavía –se negó a abandonarlo–. No quiero verla.

-En algún momento tendréis que hablar de ello.

-Pero no ahora –lo que Neil le hacía sentir cuando la tenía entre sus brazos era demasiado tentador como para marcharse. Quería saber más de eso que había llamado hacer el amor, pero no sabía cómo pedirselo sin parecer atrevida. O sin tener miedo que de fuese como su padre y la abandonase después. Si acababa teniendo un hijo de Neil, no lo odiaría, como hacía su madre con ella, pero temía no poder cuidar de él en el bosque. No era tan fuerte como su madre.

-Marsali –la obligó a mirarlo a los ojos–, si te quedas, no prometo que pueda seguir conteniéndome. Eres demasiado tentadora para mí.

-Yo... –una vez más, su miedo a ser rechazada luego, la dejó sin palabras.

-No haré nada que tú no quieras –la tranquilizó Neil.

Sabía que estaba enviando mensajes contradictorios todo el tiempo, pero su mente y su corazón luchaban para hacerse valer. La deseaba, pero también quería cuidar de ella y protegerla. No quería forzarla a nada, incluso si eso suponía mantener su excitación a raya.

-Yo... –lo intentó una vez más– siento algo... cuando estoy contigo. Dentro de mí, pero... también fuera.

-Te sientes atraída por mí –le explicó, tratando de no verse demasiado eufórico, al saber que también ella lo había sentido–. Igual que yo por ti.

-¿Eso es bueno?

-Si las dos personas sienten lo mismo, sí –asintió–, es bueno. Cuando alguien, como tu madre, lo siente así, pero la otra persona, tu padre, quiere algo diferente, entonces es malo, porque alguien acabará sufriendo.

-Mi madre –concluyó– ¿Pero cómo puedes saber si el otro siente lo mismo o es diferente?

-No puedes saberlo.

-¿Entonces?

-Hay ciertas normas respecto a eso, pero no siempre se cumplen. Sobre todo los hombres, pues no hemos de sufrir las consecuencias de los actos carnales. La mujer que yace con un hombre antes del matrimonio corre el riesgo de quedarse embarazada, lo que diría a todos que ha pecado. El hombre no. Él puede negar que el niño sea suyo y no hay forma de probarlo.

-Eso es injusto.

-Lo es, pero me temo que la vida es injusta para las mujeres en muchos aspectos.

-Supongo que eso es lo que le pasó a mi madre... que la vida fue injusta con ella –dijo con pena–. Y ahora, tiene miedo de que suceda de nuevo y se esconde.

-Pero no puede obligarte a vivir de esta forma. No es bueno que estés aislada del mundo, Marsali. Me has encontrado a mí, pero podría haber llegado alguien peor que os hiciese daños a ambas. Aquí solas, no os podéis defender. Este lugar no es seguro.

-No puedo dejarla aquí –Marsali se debatía entre su deseo de irse con Neil y ver el mundo o ser fiel a su madre y quedarse– y no querrá irse.

-No la dejaremos –le recordó.

-¿Y cómo lo harás? Porque ella peleará para no irse.

-No voy a lastimarla, Marsali, te lo prometo. No está en mi naturaleza hacer daño a las mujeres. Pero hay que encontrar la forma de sacarla de aquí. Quizá este sitio haya sido un buen hogar para vosotras, pero no lo será por mucho más tiempo.

Tal vez estuviese diciéndole todo aquello porque no la quería dejar atrás, o quizá realmente era así, pues el tiempo haría que Marsali se quedase sola en aquel lugar, siendo totalmente inexperta sobre la vida real. Estaba decidido a llevárselas, costase lo que costase.

-Podría dormirla –sugirió Marsali–. Conozco algunas hierbas que podrían servirnos. Ella toma una infusión cada mañana y podría ponérselas ahí.

-Esa es una buena idea –asintió–, pero creo que sería mejor hablar primero con ella. Explicarle lo que pasa.

-No escuchará a nadie y menos a ti –negó, asustada–. Te ha estado buscando para matarte y si te ve... no sé cómo reaccionaría.

-Creo que podré manejar a una mujer, no tienes por qué preocuparte –sonrió ante su preocupación.

-No conoces a mi madre.

-Estoy seguro de que es una mujer fuerte –explicó–. Criar a una hija, ella sola, en medio del bosque, la ha tenido que fortalecer, pero yo soy un guerrero, estoy preparado para luchar a muerte con otros hombres. Una mujer no será problema para mí.

-No conoces a mi madre –repitió, tan bajo, que Neil supo que no se lo había dicho a él, sino que hablaba la preocupación que sentía por si algo salía mal; por eso, decidió abrazarla de nuevo, para consolarla.

-Deberías irte ahora, Marsali –insistió en ello–. Si tu madre se preocupa por ti, podría salir a buscarte. No me importa si nos encuentra, porque podría hablarle para que entienda que lo mejor es irse conmigo...

-No –se incorporó de golpe de su regazo–. No debes decírselo todavía. No debe saber que estás aquí.

-La nieve no tardará en llegar –le recordó, cuando se acercaba a la entrada de la cueva–, no deberíamos esperar mucho más para irnos, Marsali.

-Lo sé –asintió–. Mañana volveré y te diré qué haré.

Aunque le había dado la opción de elegir, Neil había decidido llevárselas con él igualmente, pero entendía que Marsali necesitase meditarlo. El cambio para ella sería enorme y tenía que hacerse a la idea.

-Ve con cuidado –le pidió.

-Volveré mañana –le prometió.

Cuando se quedó solo, sintió la ausencia de Marsali y supo que nada sería ya igual para él después de ella. Pasase lo que pasase, no podía irse solo.

## 8

-¿Dónde has estado? –su madre la abordó nada más verla, pero Marsali no supo si estaba enfadada o solo preocupada por ella, así que fingió seguir molesta.

-Tratando de asimilar que mi madre está arrepentida de tenerme –le respondió con dureza. Aunque solo había pretendido desviar la atención de su madre, el rencor actuó por ella y dejó salir el dolor que todavía le causaban sus palabras.

-No estoy arrepentida, Marsali –se acercó a ella para enfrentar sus miradas–. Eres lo más importante para mí y no quiero que dudes de eso ni un solo instante. Puede que a veces me arrepienta de haber sido tan imprudente, pero nunca de haberte tenido. Renuncié a todo por ti, para que estuvieses a salvo.

-Pero no lo estoy –una vez abierta la puerta, ya no se sentía con fuerzas para cerrarla– ¿Qué creéis que va a pasar conmigo cuando vos ya no estéis? Yo sola no podré sobrevivir aquí y vos no me estáis preparando para lo que me espera ahí fuera.

-Nadie puede prepararte para eso –replicó la madre–. El mundo es cruel y no sobrevivirías a él.

-Y vos no me ayudáis manteniéndome aquí oculta –le replicó–. Sabéis tan bien como yo que cuando muráis tendré que irme. ¿Por qué no hablarme de lo que me espera fuera? ¿Por qué no explicarme lo que debo o no debo hacer?

-No pienso morirme hoy, así que no hay nada de qué hablar –Iona no estaba dispuesta a contarle nada del mundo porque no quería recordar el dolor que había sentido al descubrir que su laird no la amaba, que se había entregado a un hombre que buscaba diversión fuera del matrimonio, solo porque su esposa no se la quería proporcionar. No quería recordar lo estúpida que había sido, pero sobre todo, no pretendía hacer nada que le demostrase a Marsali cuán arrepentida estaba de renunciar a ese mismo hombre por ella. Porque lo estaba. No todos los días, pero así era. En algunos momentos, soñaba con haberle hecho caso y haber seguido a su lado. Después se sentía mal por el pensamiento, pues quería a su hija, pero en aquellos momentos de debilidad, anhelaba haber seguido con el hombre al que todavía amaba.

-Madre –Marsali intentó insistir, pero una mirada de advertencia de Iona bastó para que no siguiese con ello. Se consoló pensando que había logrado hacerle olvidar que había desaparecido durante unas horas y que no le había dicho dónde había estado.

La noche estaba cerca, así que ocuparon las horas en acabar los trabajos pendientes, en un silencio tenso, antes de meterse en la cabaña para cenar y dormir. El frío empezaba a notarse más y Marsali dejó que el fuego se consumiese poco a poco, protegiéndolo; así tendrían más calor en la cabaña y la noche sería un poco más agradable. Sin embargo, al acostarse en su mullida cama, pensó en Neil y la fría cueva donde se tenía que esconder. Aunque podía encender fuego y tenía mantas extra, sabía que las próximas noches no iban a ser fáciles para él, lo que le recordaba que su decisión sobre irse o quedarse no podía esperar más.

Sin que su madre se despertase, acudió a su cuarto y la observó en silencio durante largos minutos. Había sido duro escuchar sus palabras aquella mañana, y le seguía doliendo, pero a pesar de ello, era su madre y la había mantenido a salvo todos esos años. Quizá ya no era seguro quedarse en el bosque, pero tampoco lo era dejarla atrás a ella. Aunque no quisiese irse, se la llevarían. Porque en realidad, su decisión no tenía nada que ver con irse o quedarse, sino con llevarse a su madre o no. No lo había entendido cuando Neil se lo propuso, pero ahora tenía claro

que siempre había pensado en marcharse con él, aunque no se lo dijese. Desde el momento en que lo vio, supo que tenía que salvarle la vida para que la acompañase en su viaje.

Con lo que no había contado era con lo que le hacía sentir cuando lo tenía cerca, esa necesidad de algo a lo que no podía poner nombre. Neil le había llamado atracción, pero Marsali sentía que la palabra se hacía nada, cuando intentaba hablar de lo que le pasaba al verlo.

-Neil –susurró, de vuelta en su cama. Solo pronunciar su nombre ya le calentaba el cuerpo de una forma en que nunca le había pasado. El corazón le latía rápido y necesitaba respirar en profundidad para relajarse. Aunque no entendía nada en relación a los hombres, sentía cómo sus dedos picaban por tocarlo de forma menos impersonal al curar su herida; y su mirada se desviaba una y otra vez cuando lo tenía cerca, para admirar su moldeado cuerpo.

En un impulso, se vistió y salió fuera de la casa, tras comprobar que su madre siguiese dormida, para ir a ver a Neil. No entendía de dónde venía la necesidad, pero la empujaba a buscarlo, a verlo de nuevo. Creía que había quedado algo inconcluso entre ellos y que tenía que averiguar qué era.

El camino hacia la cueva se le antojó más largo que nunca y un par de veces, incluso pensó que se había perdido, pero cuando divisó la entrada frente a ella, sus pies se detuvieron y vaciló. Quería entrar y saciar su curiosidad, pero temía que Neil la rechazase. ¿Y si todo lo que habían hablado no era más que una treta para sacarla del bosque? ¿Para aprovecharse de ella como había hecho su padre con su madre?

-Marsali –la voz de Neil, cuando no esperaba oírlo, la hizo gritar del susto, pero pronto sintió sus brazos en torno a ella, en un abrazo protector– ¿Qué es lo que estás haciendo aquí a estas horas? Es peligroso andar por el bosque de noche, podrías haberte caído o algo peor.

-Estoy bien –aun así, no quiso alejarse de él, pues el susto todavía le duraba– ¿Qué haces aquí fuera? No deberías...

-Oí un ruido –la interrumpió– y salí a investigar.

-¿Qué habrías hecho si fuese mi madre?

-Tu madre no se habría enterado de que estoy aquí –le sonrió y Marsali sintió de nuevo aquella calidez en su interior, que terminó coloreándole las mejillas–. Y tú no deberías estar aquí. Es peligroso.

-Eso ya lo has dicho –se separó de él para tranquilizar a su corazón. Luego, entró en la cueva y agradeció el calor del fuego.

-Todavía no me has respondido –insistió él.

-Recordé que cuando vine antes no comprobé cómo estaba tu herida –mintió.

-Creo que eso es lo menos creíble que me has dicho desde que nos conocemos –sonrió de nuevo–. Y eso que lo de que tu madre y tú vivís solas en medio del bosque es bastante sorprendente. ¿Qué sucede?

-He tomado una decisión –se giró hacia el fuego para no tener que mirarlo a los ojos mientras hablaba.

-Podías habérmelo dicho mañana, a una hora menos imprudente.

-No quería esperar –decidió ser valiente y mirarlo–. Si debemos obligar a mi madre a venir con nosotros, tenemos que trazar un plan. El invierno se acerca y el bosque acabará aislado por la nieve en poco tiempo. Si no nos vamos ya, no podremos hacerlo hasta que llegue la primavera y me temo que no sobrevivirás al frío en esta cueva.

-Marsali –la sujetó por los brazos con delicadeza–, sé que es imperioso que nos vayamos, pero podríamos haberlo hablado mañana, así que deja de dar vueltas y dime qué pasa.

-No pasa nada –tembló bajo su toque y, quizá por la experiencia, Neil pareció comprenderlo.

Sin decir nada más, la acercó más a él y la rodeó por la cintura con uno de sus brazos, mientras con el otro le subía la cabeza para que sus ojos conectasen. Sus labios descendieron lentamente sobre los suyos, y la besó tentativamente, para ver cómo reaccionaba. Al notar el inocente abandono de Marsali, profundizó el beso, sin ir más lejos de aquel toque sutil.

-No deberías haber venido –susurró después, con sus frentes pegadas y los ojos cerrados.

-Lo siento –se alejó de él, disgustada, al comprender que él no la quería allí–. Tienes razón, no debí venir. He sido una estúpida al...

-Marsali –la detuvo y enfrentó sus miradas–, no es lo que tú piensas. Me encanta que hayas venido y sería maravilloso que te quedases, pero no está bien.

-¿Por qué?

-¿Recuerdas lo de que la mujer debe reservarse para el matrimonio? –Marsali asintió y él continuó–. Pues me lo estás poniendo muy difícil para respetar eso.

-No entiendo.

La inocencia genuina de Marsali lo estaba volviendo loco, pues sabía que no lo tentaba a propósito, pero aun así lo hacía. Ella solo intentaba entender lo que le estaba sucediendo y aunque Neil quería enseñarle, no se sentía con el derecho a arrebatarse su virtud en un lugar como aquella cueva, ni en circunstancias tan extrañas.

-Eres una tentación –le dijo–. Quisiera ir más allá del beso que te he dado, pero no debo. Y por tu bien, no deberías permitírmelo tampoco. No está bien que te meta en mi cama antes de pasar por el altar.

-Y no quieres hacer eso –aventuró. Aunque en otras cosas había sido más parca, le había hablado de Dios y de los rituales que se llevaban a cabo en la casa del Señor. Sabía que uno de ellos unía para siempre a un hombre con una mujer: el matrimonio. Y ahora creía entender que Neil no pretendía casarse con ella.

-Aunque quisiera hacerlo –intentó explicarle por qué no debían seguir adelante–, no debemos yacer antes del matrimonio. Si sucediese algo que nos impidiese casarnos, ya no serías pura y ningún otro hombre te desposaría. Es algo que...

-Yo no querría a ningún otro hombre –lo interrumpió sin pensar y sus mejillas se colorearon intensamente, al comprender lo que había dicho.

-Marsali –se acercó a ella y acarició su mejilla–, me siento honrado por eso, pero eres joven y...

-No me importa eso, Neil –se envalentonó, deseando que accediese a darle lo que ella necesitaba, aunque no supiese qué era exactamente–. He pasado toda la vida en un bosque con mi madre. No quiero irme sin saber qué me está pasando y por qué. No quiero que nadie más me lo explique. Solo tú. Cuando me besas, siento cosas placenteras en mi estómago. Y cada vez que nos rozamos, mi piel conserva ese calor. Quiero saber qué más hay.

-No sabes lo que me estás pidiendo –rogó. Apenas le quedaba fuerza de voluntad para resistirse a ella.

-No lo sé –aceptó–, pero quiero entenderlo.

-Y yo no quiero que creas que seré como tu padre –le prometió.

-Nunca creí que lo fueses.

Neil la acercó todavía más a él y su mano repasó el contorno de su mejilla de nuevo. No diría que no lo desease, porque lo hacía, pero lamentaba que fuese en aquella cueva, con él todavía convaleciente.

-¿Estás segura de esto? –le repitió, necesitando oír la confirmación de que no se arrepentiría.

-Estoy segura.

Aquellas dos únicas palabras barrieron su resistencia sin dificultad y atrapó sus labios una vez más, con un ansia largamente contenido. No se privó de ser más atrevido, más exigente con ella, porque ahora ya no tendría que detenerse. El dolor en su vientre quedó olvidado en algún recodo oculto de su mente cuando el deseo inundó su cuerpo. Quizá no pudiese darle lo mejor de sí mismo, pero pretendía hacer que aquella primera vez de Marsali fuese perfecta. Se merecía un buen recuerdo de esa noche. Se merecía mucho más que una simple noche y estaba dispuesto a dárselo.

Marsali dudó de lo que le había pedido, en el mismo instante en que la asaltó con sus labios. Lo supo nada más mirarla a los ojos. Estaba asustada, pero había también un pequeño destello de deseo en su mirada, al que se aferró cuando la besó de nuevo. Intentó ser más dulce y pausado, para acostumbrarla a su toque y para alentarla a que respondiese a él. El deseo le había ganado la primera batalla, pero se contendría.

Quería desnudarla para sentirse piel contra piel, pero controló sus impulsos hasta estar seguro de que no lo detendría; si se lo pidiese, lo haría, aunque eso le costase la vida, pero no podía negar que la deseaba con todo su ser. A pesar de ello, estaba dispuesto a demostrarle que no todos los hombres eran como su padre y que una vez fuese suya, no la abandonaría.

-¿Sigues estando segura de esto? –le susurró, con los labios rozándose todavía, minutos después. Quizá no la había formulado solo para ella, porque también él se preguntaba lo mismo.

-Sí –la firmeza en su voz lo sorprendió, pues sus ojos no decían lo mismo, pero no se paró a analizarlo ni a dudar de nuevo.

Simplemente se llevó un par de mantas a la mesa de piedra, a modo de improvisado colchón y la sentó en ellas con cuidado. Hubiese preferido la cama, pero la herida no se lo permitiría sin resentirse y si se iban a marchar pronto, no debía forzar la zona al extremo.

-Tendrá que ser así, amor –le susurró al oído, cuando ella lo miró extrañada–. La herida no está cerrada.

No le dio tiempo a replicar ni a preguntar, sino que la besó de nuevo. Sujetó su rostro con ambas manos y lo profundizó hasta barrer la timidez que todavía se apreciaba en su respuesta. No avanzaría hasta que la notase cómoda con su contacto porque no pretendía asustarla con sus prisas. Tenían toda la noche para lo que pretendía hacer con ella.

-Puedes tocarme, mi amor –le dijo cuando sintió que vacilaba al poner las manos en su cuerpo–. Haz todo cuanto quieras conmigo.

Su cuerpo se tensó al sentir las manos de Marsali en su pecho, recorriéndolo de forma tentativa. A pesar de que apenas era un roce, nunca había sentido algo tan fuerte como lo que le estaba provocando ella en ese momento. Le dejó hacer a ella y se concentró en su respiración, para no sucumbir al deseo de besarla o de tocarla en lugares que la escandalizarían. Debía evitar pensar en lo que vendría después de los besos, pero le estaba costando demasiado no dejarse llevar por la imaginación.

Sin embargo, Marsali borró cada una de las razones por las que se contenía, cuando sus manos llegaron a su miembro excitado. Solo era un toque inocente y curioso, pero lo encendió por dentro, hasta rematar el poco control que le quedaba. Su boca devoró la de ella y sus manos volaron por su cuerpo para retirar la ropa que lo cubría. Cada suspiro de sorpresa o cada gemido de placer que se le escapaban a Marsali eran como ambrosía para él.

Se deslizó por su cuello, probando el sabor de su piel con la lengua y embriagándose de él, mientras que la joven se aferraba a sus hombros con las uñas. Sentir cómo se las clavaba, solo le

hacía desear más de ella. Si en algún momento se asustó de su intensidad, no lo dijo, ni hizo el menor movimiento para detenerlo, ni siquiera cuando tanteó la entrada a su interior con la mano.

Sin embargo, al desnudarse, notó cómo se tensaba al ver su envergadura. No dijo nada, pero Neil sabía lo que estaba pensando. Era su primera vez y temía que lo que pasaría a continuación.

-No me tengas miedo, amor –rogó con la voz ronca–. Es tu primera vez y quizá te duela un poco, pero te prometo que se te pasará. Lo gozarás, ya lo verás.

La besó de nuevo para tranquilizarla y su mano se movió entre sus piernas otra vez, para prepararla. Si le pedía que se detuviese, lo mataría de frustración, pero no lo hizo, y se sintió en la gloria cuando al fin entró en ella. Con cuidado al principio para hacerle el menor daño posible, y más rápido después, una vez se adaptaron el uno al otro. Los gritos de Marsali al olvidar el dolor y dejarse ir en la espiral de placer que crecía en ella con cada embestida, lo enloquecían. También él se abandonó al placer, cuando sintió que ella llegaba a la cima, y buscó su propia liberación un minuto después. Había sido intenso y muy especial. Único. Se sintió orgulloso de haberle dado a Marsali aquella primera vez.

-Te amo –la oyó susurrar, casi con miedo, y la abrazó con fuerza. Se sentía completo con ella a su lado.

-Yo también te amo, Marsali –le dijo, absolutamente seguro de que así lo sentía.



## 9

Marsali regresó a la cabaña, aunque hubiese querido quedarse con él en la cueva. Recorrió el camino en silencio, pensando en lo que había pasado entre ellos minutos antes. No era para nada como creía, como había visto en los animales, sino mucho mejor, más excitante. La idea de que ahora pudiese llevar un hijo de Neil en su vientre no le parecía tan horrible. Él no la abandonaría ni querría deshacerse de ellos. Neil la amaba, se lo había dicho, y también le había jurado que la desposaría cuando llegasen a su clan. Y ella no podía desear nada más, salvo quizá, darle un hijo que los llenase de orgullo a ambos.

Era tan feliz, que deseaba contárselo a su madre. No quería callar algo que para ella era tan importante. Deseaba explicarle que se había equivocado y que no todos los hombres eran malos, ni todos usaban a las mujeres como le había sucedido a ella. Quería que se convenciese de que podían tener una vida fuera del bosque y que la solución era marcharse con Neil. Ese lugar ya no era seguro para ellas. Debían irse.

-¿Dónde diablos estabas, Marsali? –la ira que sintió en la voz de su madre le heló la sangre. Miró hacia la entrada de la cabaña y ahí estaba, espada en mano, observándola con ojos acusatorios. El miedo invadió cada fibra de su ser y solo pudo ocultarle su mirada y rezar para poder convencerla de que Neil no era mal hombre y que la amaba. Necesitaba que la creyese, para que aceptase irse con ellos-. ¿Con él? ¿Dónde está? ¿Dónde lo has escondido?

A medida que hablaba, su madre se acercaba a ella, todavía empuñando la espada. Marsali no se atrevió a moverse, pero tampoco podía apartar la mirada del arma. No porque creyese que la usaría contra ella, su madre nunca le haría algo así, sino porque temía que quisiese matar a Neil cuando le dijese dónde estaba. Podía sentir el odio en cada palabra pronunciada, en cada movimiento hecho, en la mirada que le estaba dando.

-Sabía que había sido cosa tuya –gruñó-. Demasiada curiosidad sentías por él. Debí deshacerme de él ese mismo día y no esperar al siguiente. Maldita seas por ayudarlo, Marsali. Y maldita sea yo por permitirte.

Y entonces, comprendió que no atendería a razones, que su madre sentía tanto odio por los hombres, que nunca accedería a irse con ellos. Por primera vez en su vida, Marsali tuvo miedo de su madre, miedo real y palpable, de que cometiese alguna locura.

-No sé de qué me estáis hablando, madre –no pudo hablarle de Neil. Para llevársela, debían dormirla con las hierbas, como le había sugerido a Neil, porque no accedería por las buenas. Era la única solución.

-No me mientas –le gritó-. No soy estúpida.

La sujetó por un brazo y la obligó a entrar a la cabaña con ella de malas maneras. La estaba lastimando con su agarre, pero no se atrevió a decir nada. Nunca la había visto tan alterada y no sabía cómo reaccionaría si la contradecía o protestaba. Se dejó llevar por ella, mientras buscaba alguna excusa convincente para su salida en plena noche, aunque dudaba que la creyese ya.

-¿Dónde está? –le repitió, en cuanto se vieron dentro de la casa.

-Madre, yo no sé dónde está. Solo he ido a...

-Te he dicho que no me mientas –la interrumpió-. Ni se te ocurra defender a un hombre ante mí, Marsali. No merecen compasión, ni cuidados, ni atención. No merecen nada, salvo la muerte. Son aprovechados, crueles y unos desalmados sin corazón. Te prometen el mundo, pero te destrozan la

vida. No son de fiar.

-Neil no es así, madre –tarde comprendió que había cometido un error al nombrarlo. Cubrió su boca con las manos, pero ya se había condenado. Ya lo había condenado a él también.

-¿Neil? ¿Es así como se llama ese desgraciado? –tiró de su brazo con fuerza y la zarandeó. Esta vez se le escapó un gemido de dolor– ¿Te ha tocado? ¿Le has dejado? ¡Oh, Dios todopoderoso! ¡Te ha tocado! Ese desgraciado te ha seducido. Sabía que pasaría esto y lo he permitido. He sido una descuidada y ha pasado.

-No –se soltó como pudo de ella–. Neil no me sedujo. Es un hombre bueno y me ama. Nos amamos.

-Niña insensata –le golpeó el rostro con tanta fuerza, que la mejilla se le coloreó al momento– ¿Acaso mis advertencias no sirvieron de nada?

-Neil me ama –repitió, con lágrimas en los ojos–. No me abandonará, como hizo mi padre con vos. Me ha prometido que me llevará con él. A las dos, madre. Nos iremos de este bosque y viviremos con Neil. Él es bueno, madre. Cuidará de nosotras.

-Estúpida –Iona rió y Marsali sintió un escalofrío por su espina dorsal, pues no sonaba a su madre, sino a una mujer completamente loca– ¿Dónde está ahora? ¿Por qué no vino contigo si tan seguro está de que te quiere llevar con él?

-Vendrá pronto. Quería hablar con vos yo primero.

-Vendrá pronto –siguió riendo, mientras remendaba a su hija– Pobre ingenua, mi dulce niña. Ese hombre, seguramente estará ya de camino a su casa y tú aquí, defendiéndolo. Son todos unos falsos, hija, y has sido tan estúpida como para creerte sus mentiras.

-Me dijo que me amaba –no tenía más argumentos para defenderlo, pero sabía que era cierto y que Neil nunca le mentiría. Confiaba en él.

-Palabras –bufó–. Las palabras se las lleva el viento.

-No –la enfrentó con más ahínco–. Neil no miente. Si dijo que no me abandonará, no lo hará. Confío en él.

-¿Dónde está? –alzó los brazos para abarcar toda la cabaña–. Yo no lo veo por aquí. Te abandonará y ya puedes rezar para que no te haya embarazado, niña, porque si lo ha hecho, abandonaré a esa criatura en el bosque para que muera.

-No –gritó, segura de que su madre había perdido la cabeza, y retrocedió con miedo.

-Eso debí hacer contigo cuando supe que te llevaba en el vientre. Abandonarte para conservar al único hombre que he amado en mi vida. Él era mi vida. Mi todo. Pero renuncié a él por ti –parecía hablar con la nada, como si su mente se hallase lejos de aquella cabaña. Cuando la miró de nuevo, Marsali retrocedió con miedo de lo que vio en sus ojos– ¿No ves lo que ha hecho? ¿Lo que sigue haciendo después de tantos años? Está en mi cabeza, torturándome, intentando convencerme para que te odie por alejarme de él.

Se acercó a ella lentamente y Marsali acabó atrapada entre la pared y su madre. Temblaba de miedo, pero no podía echar a correr. Se sentía paralizada, atada a la mujer que le dio la vida, aunque ahora pareciese haber enloquecido.

-Madre, Neil no es como mi padre –necesitaba llegar a ella, antes de que su mente se ajase por completo–. Si nos vamos con él, sé que podremos ser felices. El bosque no es un buen lugar para nosotros ya. Tenéis que venir con nosotros.

-No voy a permitir que te aleje de mí –la miraba a los ojos, pero no parecía estar viéndola realmente.

-Madre, dejadme que os presente a Neil. Veréis que es un buen hombre. Él nos cuidará y nos...

-Tu padre no me obligará a abandonarte –la detuvo–. Lo mataré para que nos deje en paz al fin.

-Mi padre no está aquí –la sujetó por los brazos para sacarla del trance–. Madre, ¿qué os sucede?

-Te mantendré a salvo, mi bien –sonrió de una forma tan absurda, que Marsali se asustó todavía más–. No podrá hacerte daño. No se lo permitiré. Te protegeré de él, mi niña, te lo prometo.

Entonces, Marsali se vio arrastrada por su madre a su cuarto, donde la lanzó, antes de cerrar la puerta tras ella. Intentó salir, pero su madre había atrancado la puerta y no pudo abrir. La golpeó y gritó llamándola, pero no respondió. Sabía que todavía estaba en casa, pues podía oír sus pasos, así que continuó pidiéndole que la liberase.

-Tranquila, Marsali –escuchó a través de la puerta un tiempo después–. Te prometo que lo encontraré esta vez. Me aseguraré de que no pueda hacernos daño; ni a nosotras ni a otra mujer. Tu padre merece morir por lo que nos ha hecho y me encargaré de ello.

Marsali lloró al comprender que había enloquecido y que ella había sido la causante de aquella desgracia, al salvar a Neil. Y sin embargo, a pesar de todo, no se arrepentía de haberlo hecho, porque lo amaba.

-Se llama Neil, madre –gritó contra la madera–. Él no es mi padre. Por favor, abrid la puerta. Dejadme salir de aquí. Hablemos primero.

-Ahí estarás a salvo hasta que acabe con él, mi vida. Deja que mamá se ocupe de todo, como cuando eras pequeña. Yo te protegeré. Siempre lo haré.

-Madre –rogó–. Por favor, abridme la puerta. No le hagáis daño a Neil. Él no es mi padre. Le amo. No me lo arrebatéis. Os lo ruego. Si me queréis, liberadme.

-Todo saldrá bien, mi niña –escuchó en un susurro.

Después de varios minutos gritando a la puerta, supo que se había quedado sola. Su madre había salido en busca de Neil para acabar con su vida y el consuelo que le quedaba era saber que desconocía el lugar en el que se encontraba la cueva. No obstante, intentó salir de su cuarto, para advertirle a Neil de lo que le había sucedido a su madre. Lo necesitaría para lograr que su madre bebiese el brebaje para dormir, pues a pesar de la locura que se había apoderado de ella, estaba decidida a llevársela con ellos al clan de Neil. Cuidaría de ella, tanto si se recuperaba como si no.

Su habitación tenía una ventana demasiado pequeña para poder salir por ella, así que la única solución era derribar la puerta. Sin saber qué más hacer, comenzó a golpearla con todo cuanto tenía a su alcance, hasta acabar usando su propio cuerpo a la desesperada. Si con ello conseguía su propósito, aguantaría el dolor y las magulladuras sin protestar.

Cuando ya creía que la puerta no cedería, los goznes se quebraron y cayó pesadamente contra el suelo. Su cuerpo se resintió, pero no se permitió descansar, ya que el tiempo corría en su contra. Se levantó y buscó la daga que su madre le había regalado, antes de ir a la cueva para hablar con Neil.

Sus pasos apresurados pronto se convirtieron en una rápida carrera entre los árboles. Sentía que tenía que llegar cuanto antes para asegurarse de que su madre no lo había encontrado todavía. En varias ocasiones, por no prestar atención al camino, tropezó y a punto estuvo de tocar el suelo, sin embargo, no se permitió aminorar el paso. Se repetía incansablemente que su madre no conocía la existencia de la cueva, pero aun así, no conseguía tranquilizarse.

-Marsali –Neil la rodeó con los brazos en cuanto se le lanzó encima. Ni siquiera protestó por el daño que le causó en la herida– ¿Qué ocurre, amor? ¿Estás bien?

-Mi madre –sollozó–, se ha vuelto loca.

-¿Qué quieres decir?

-Su mente se ha trastornado –le explicó cómo pudo–, al descubrirlo todo. Cree que eres mi padre y que has venido para hacernos daño. Quiere matarte, Neil. No puedo dejar que lo haga. No quiero perderte.

-Tranquila –la abrazó con más fuerza–. No me pasará nada. Te prometo que lo solucionaremos.

-¿No la dejaremos aquí, verdad? –preguntó, insegura de lo que pensaba Neil sobre aquello.

-Claro que no –le sonrió con dulzura–. Nos iremos los tres de este lugar. Juntos.

-Bien –asintió, más segura–. Tengo que prepararle el tónico para dormir. ¿Me ayudarás a dárselo?

-Por supuesto –le tendió la mano–. Dame la daga. Yo vigilaré los alrededores, mientras te encargas de eso.

-No le hagas daño, por favor –rogó, entregándosela.

-No es mi intención hacerlo –le prometió–. Solo me la llevo por precaución.

Marsali se apresuró a buscar las hierbas en las que le había dejado a Neil por si tenía dolor, pues eran casi las mismas, solo que en una concentración mayor. Si lograban dormirla, podrían marcharse de inmediato y para cuando despertase, ya estarían lejos de allí.

-¿Cómo vas? –preguntó Neil minutos después.

-Ya casi está –le dijo, algo más tranquila.

-Supongo que tendremos que salir a buscarla.

-No conoce la cueva, así que sí –asintió de nuevo.

-No te preocupes, la encontraremos –se acercó a ella y la besó en un lateral de la cabeza–. Saldrá bien.

-No puedo entender cómo ha pasado esto –confesó–. Sé que estaba resentida con mi padre y que amplió ese odio a todos los hombres, pero llegar al punto de querer matar a alguien que no conoces solo por eso. Es una locura.

-Bueno, has dicho que se desquició, que cree que soy tu padre. Tu madre ha alimentado ese odio día a día, desde que hace muchos años, Marsali. Y cuando eso pasa, llega un momento en que la mente se quiebra. Supongo que pensó que te perdería por mi culpa y la idea la enloqueció.

-Pero le dije que nos iríamos los tres.

-Tu madre no quiere irse porque teme el mundo que dejó atrás –le recordó–. Teme renunciar a ti. ¿No se vino a este bosque por eso?

-Pero yo creí... –la evidencia estaba ahí y le destrozó el corazón. Había pensado que su madre se alegraría por ella cuando supiese que estaba enamorada, pero se había equivocado. Su amor por Neil había ajado su mente por completo. Quizá el problema ya estuviese allí y solo se había acelerado, pero se sentía culpable por haberla llevado hasta aquel extremo.

-Le ayudaremos –le prometió una vez más–. No estás sola, Marsali. Me tienes a mí.

-Aléjate de ella, malnacido.

Un cuchillo pasó volando a su lado y Neil se movió a un lado, colocando a Marsali detrás para protegerla de la amenaza. Un hilo de sangre comenzó a resbalar por su brazo, pero no se molestó en limpiarlo, pues era apenas una herida superficial. Iona había fallado, y sin embargo, al mirarla a los ojos, supo que estaba completamente enloquecida por sus recuerdos y por el miedo a que regresasen. Bien sabía que no había nadie más peligroso que un loco, pues no temen a la muerte.

-No pretendo hacerle daño –le dijo, cubriendo con su brazo el costado de Marsali para que no saliese de su espalda. Temía que si estaba al alcance de su madre, esta le hiciese algo, aunque no fuese su intención. El brillo asesino en sus ojos le instaba a ser precavido–. Ni a Marsali, ni a vos. No estoy aquí para...

-Tú te callas –le gritó, interrumpiéndolo–. No tienes ningún derecho a volver y robarme a mi hija. Tú no la querías, malnacido. ¿Lo recuerdas? ¿Por qué quieres ahora llevártela? A ti no te importaba lo que le iba a pasar en ese convento, no la querías.

-Madre –Marsali trató de llamar su atención.

-No me llames así si te vas a ir con él –la miró con odio–. Quieres traicionarme, igual que hizo tu padre. Él quería deshacerse de ti y ahora te vas con él. No te conozco, Marsali. Tú no eres ya mi hija.

El dolor que aquellas palabras causaron en Marsali, le partió el corazón. Nada dolía más que oír cómo su madre la repudiaba, cegada por el odio y la rabia. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, incontrollables. Si Iona no la conocía, tampoco ella veía a su madre en ella ya. Aquella mujer era un espectro de lo que una vez había sido su madre. No había cariño ni amor en sus ojos, solo un deseo irrefrenable de matarlos a los dos. Su madre ya no estaba allí, se había ido, dejando tras ella a una desconocida cargada de rencor.

-Iona –Neil alzó las manos en señal de rendición para no alertarla–, no he venido para llevármela a ella. He venido por ti.

-¿Qué haces? –le susurró Marsali.

-Intentar salvarnos la vida a todos –respondió, antes de dar un paso adelante. Estaba claro que Iona ya no era capaz de distinguir la realidad y Neil aprovecharía su confusión para acercarse a ella y poder reducirla–. Cometí un error al obligarte a deshacerte de nuestra hija. Te he estado buscando desde entonces, mi vida. Te extraño tanto.

-No –lo apuntó con la espada y él automáticamente levantó las manos más alto–. No quiero más palabras dulces. No quiero más mentiras.

-No miento, Iona. He venido a por ti. Y a por Marsali. Os quiero a las dos de regreso conmigo.

-Demasiado tarde, Ross –la sonrisa enloquecida que le dedicó Iona le provocó un escalofrío. Tenía un mal presentimiento–. He sufrido mucho por tu culpa y es hora de que pagues por ello. No mereces ser feliz.

-Sé que me equivoqué –insistió–, pero quiero que lo arreglemos. Dame la oportunidad de demostrártelo.

-Ya no quiero nada que venga de ti, maldito –gritó–. Ni me podrás demostrar nada porque se te acaba el tiempo. ¿Acaso no lo estás notando?

Neil sacudió la cabeza con fuerza para enfocar a Iona y se frotó los ojos también. Su vista estaba fallando y no quería pensar en la razón, pero temía conocerla.

-Tranquilo –rió al ver cómo ya empezaba a sufrir los efectos–, antes de que el diablo te lleve, vas a sufrir. Esta será mi venganza por los años de exilio y la vida solitaria que me has obligado a tener, Ross. Este es mi momento de hacerte pagar por el daño que me has causado. Sufre, maldito, sufre.

Neil se tambaleó, cuando las piernas le fallaron por un momento, y supo exactamente qué había hecho. Se tocó la herida del brazo y la nueva risa de Iona le dijo que había acertado.

-La daga llevaba veneno –la acusó, yendo hacia ella, para intentar atraparla antes de perder el sentido.

-Pero antes sufrirás, Ross –vaticinó, huyendo hacia el bosque para que no la atrapasen. Sin embargo, no se fue muy lejos, pues deseaba presenciar la muerte del hombre que tanto daño le había hecho.

-Madre –Marsali gritó para que regresase, pero nada pudo hacer cuando desapareció entre los árboles, ya que Neil parecía estar cada vez peor. Si no lo atendía de inmediato, moriría muy

pronto.

Neil tuvo que sujetarse a la mesa de piedra para no caer al suelo, pues su cuerpo pesaba y no obedecía a sus órdenes. Estaba empapado en sudor y aun así, el frío calaba sus huesos. Pero tampoco podía dejar de temblar, y el dolor empezaba a resultar insoportable. Marsali corrió en su ayuda y lo llevó hasta la cama. Lo cubrió con mantas, aunque no serviría de mucho, porque el frío se debía al veneno.

Observó sus pupilas y vio que estaban muy dilatadas. Apenas conservaba la consciencia, iba y venía de ella, luchando contra lo que consumía su cuerpo. Aunque no gritaba, Marsali era consciente del intenso dolor que aquel veneno le estaba provocando. Su madre lo había querido así y, por tanto, Marsali sabía que solo había una planta que fuese capaz de hacerle padecer tanto antes de morir: cicuta.

# 10

Cogió la daga que su madre le había dado y abrió un poco la herida que el cuchillo había provocado en el brazo de Neil, para intentar sacar el máximo posible de veneno de ella. Mientras lo hacía, recitaba en su mente las plantas que ayudarían a contrarrestar los efectos de la cicuta, si todavía no se había extendido demasiado. El tiempo era ahora su mayor enemigo y por eso, salió de inmediato de la cueva, para buscar lo que necesitaba.

Su desesperada carrera contra el veneno parecía que no llegaría a nada, porque no encontraba algunas de las hierbas que necesitaba. O tal vez eran los nervios, que le impedían ver que las tenía delante. Cuando lo logró, corrió al río para recoger más agua, pues no se fiaba de la que había en la cueva, imaginando que su madre la había envenenado. Se sentía culpable por el estado de Neil, porque ella le había obligado a tomar el brebaje contra la fiebre. Poco le importaba que su madre hubiese alterado el agua, porque ella le había insistido en tomar la infusión.

Los pocos pasos que separaban el río de la cueva se le antojaron demasiados, mientras controlaba que el agua no se cayese del cuenco. Tener que ir despacio no ayudaba a sus prisas.

-Ya estoy aquí, Neil –informó, sin dejar de mirar el cuenco–. Pronto estarás mejor, te lo prometo.

Entonces, al dejar el agua en la mesa, alzó la mirada y descubrió a su madre frente al lecho donde yacía el hombre que amaba, observándolo con la mirada ida, como si estuviese en otro lugar, lejos de allí, viendo a otro hombre, al que ella había amado mucho tiempo atrás. Marsali se acercó lentamente, para no alertar a su madre, porque necesitaba alejarla de Neil. Había visto la espada en su mano y temía que cometiese la locura de matarlo con ella.

-Éramos felices –la voz de Iona detuvo sus pasos–. Lo teníamos todo. Había que mantenerlo oculto porque su esposa no soportaría saber que la había sustituido en su corazón, pero nos amábamos. O eso pensé yo. Él solo quería que alguien calentase su cama por las noches y cuando me quedé embarazada, me repudió por no querer deshacerme de ti, Marsali. El hombre al que amaba eligió abandonar al fruto de ese amor.

-Madre –la llamó, con cuidado–. Comprendo que eso os haya causado tanto dolor, pero él no es mi padre. El hombre que está en esa cama no es él, madre. Es Neil Sinclair, el hombre al que yo amo.

-Son todos iguales –la miró con rabia–. Ross, Neil o el nombre que quieras darle. Todos buscan lo mismo.

-Pero Neil no es así –insistió.

-Ross lo es –alzó la espada– y debe morir por ello.

-Madre no –gritó, abalanzándose sobre ella para que no le clavase el arma a Neil en el pecho.

-No me toques –Iona la empujó, lanzándola lejos. Sus pies se enredaron con el vestido y acabó tendida en el suelo, viendo cómo su madre alzaba la espada una vez más.

-Por favor, madre –le suplicó–. No lo hagáis.

-No me llames así –Iona balanceó la espada frente a su cara ahora, con ojos enloquecidos– ¿Ruegas por el hombre que quería deshacerse de ti? Entonces ya no soy tu madre.

-Él no es mi padre, sino el hombre que amo. Una vez sentisteis lo mismo por alguien. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Dejar que lo matéis sin más? –lágrimas de impotencia caían por su rostro–. No puedo, no me obliguéis a ver cómo sufre, madre. Lo amo.

-Cállate –gritó–. Ya basta, Marsali.

-Por favor –insistió.

-Dices que no quieres verlo sufrir –se giró hacia Neil–. Bien, eso puedo concedértelo.

Recorrió con decisión el espacio que la separaba del hombre y levantó la espada una tercera vez sobre él, para clavársela en el corazón. Marsali gritó mientras se levantaba y corría hacia ellos, en un acto de valor desesperado. O tal vez era el miedo lo que la movía, pero como fuese, no fue consciente de lo que estaba haciendo hasta que se vio nuevamente luchando con su madre para arrebatarse la espada. La sujetaba con firmeza por las muñecas para evitar que la utilizase contra Neil. O contra sí misma, pues ahora la mirada de odio iba dirigida a ella también.

-Madre, por favor –le rogó de nuevo– Volved a mí. Soy yo, Marsali. Tu Marsali. Por favor.

Sin embargo, no había rastro de su madre en aquella mujer. No podía ver a la que la consolaba cada noche cuando tenía pesadillas, la que le cantaba canciones hasta que se dormía de nuevo, a aquella que curaba sus heridas con amor. Ya no estaba la que le enseñó a sobrevivir en un lugar donde nada resultaba fácil, y en cambio, ella lo hacía posible, lo hacía factible con su incansable perseverancia y su optimismo. Pero ya no había nada de eso en su mirada. Ahora solo podía ver dos pozos sin fondo. La locura se había llevado a su madre.

-Suéltame –la voz rabiosa de la que una vez le habló con dulzura acabó con sus esperanzas de recuperar a su madre. Ya no había vuelta a atrás. Aunque lograrse evitar que matase a Neil, jamás conseguiría eliminar la enajenación de su mente.

-Lo siento –le dijo, antes de golpearla en el estómago con una rodilla–. Lo siento mucho, mamá. No puedo dejar que lo hagas.

La espada cayó a sus pies e Iona retrocedió hasta una pared de la cueva, para apoyarse en ella. Le costaba respirar casi tanto como a su hija. Marsali cerró los ojos un momento para apartar las lágrimas de ellos y cuando los volvió a abrir, vio a su madre con la daga que le había dado a ella, en la mano. ¿Cuándo se la había quitado? Ni siquiera recordaba llevarla encima, después de usarla para limpiar la herida de Neil.

Como si el tiempo se ralentizase, vio cómo se dirigía hacia Neil, dispuesta a acabar con su vida. Se movió rápidamente para alcanzarla antes de que lo hiciese. Forcejearon de nuevo por el control de la daga hasta que esta se clavó en su propio estómago. Retrocedió varios pasos, tambaleándose, mientras sus manos se aferraban a la empuñadura, casi con temor. Cuando tosió, la sangre salió por su boca, y supo que la vida se le estaba escapando de entre los dedos. Su madre la había apuñalado de muerte y nada se podía hacer ya para salvarla.

-No –el grito de Iona capturó su atención–. No. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho! Mi niña. ¡Oh, Dios, no! Mi niña. Mi dulce niña.

Cuando cayó de rodillas frente a ella, Iona retrocedió espantada por lo que estaba viendo. Había salido del trance y ahora se sentía tan culpable por todo, que ni siquiera fue capaz de socorrer a su hija. Y huyó. Salió de la cueva sin mirar a atrás, dejando a su agonizante hija tirada en el suelo, desangrándose. Marsali pudo escuchar sus gritos de angustia fuera, pero su mirada se posó en Neil, que estaba más pálido que la misma muerte. Temió por su vida, más que por la propia.

-Neil –escupió más sangre al hablar, pero pensaba en llegar a él únicamente. Si debía morir, al menos, lo intentaría salvar.

Taponó su herida como pudo, para frenar la salida de la sangre y se puso un vendaje grueso por encima, en un intento de alargar sus minutos de vida y preparar el brebaje que ayudaría a Neil a drenar su cuerpo del veneno.

El agua tardó en calentarse una eternidad, y Marsali temió perder el conocimiento antes de que hirviese y pudiese mezclar las hierbas. Miraba hacia Neil una y otra vez, ansiosa por comprobar



que su pecho seguía moviéndose.

-Aguanta Neil –le dijo, sin importarle si la escuchaba o no. Solo quería darle fuerzas, o quizá, dárselas a sí misma, para no sucumbir al agotamiento y al dolor.

Una vez preparado el brebaje, mientras se enfriaba, machacó el resto de hierbas, hasta que se volvieron una pasta verdosa y espesa que pondría en la herida. Esperaba que eso fuese suficiente.

Neil abrió los ojos al sentir aquella fría pasta sobre su febril cuerpo y Marsali sonrió, aliviada.

-Sigues vivo –susurró, casi sin fuerzas.

-Marsali –alargó una mano para acariciarla y sintió el frío de su mejilla– ¿Qué pasa? No estás bien.

-Todo saldrá bien, no te preocupes –le dijo, dándole la infusión–. Tómate esto y mejorarás.

Neil obedeció, aunque sus ojos recorrieron a la joven en busca de algo que justificase su palidez y frialdad. Vio la sangre en su costado, al tiempo que terminaba de beber.

-Te ha herido –se preocupó.

-Te amo, Neil –Marsali sabía que le quedaba poco en aquel mundo y quiso marcharse haciéndole saber lo importante que había sido para ella conocerlo–. Eres un buen hombre y sé que habrías sido un maravilloso esposo y padre.

-Ni se te ocurra despedirte de mí, Marsali –le dijo.

-Ojalá hubiese podido conocer tu hogar –continuó– y a tu gente. Sé que habríamos sido muy felices.

-Marsali –se le hizo un nudo en la garganta y no pudo decir nada más que su nombre.

-Te amo –repitió en un susurro, cerrando los ojos.

-Te amo, Marsali –le dijo, como si corresponder a su amor la pudiese curar. Se sentía impotente. Hubiese querido salvarle la vida, pero estaba tan débil que no podía ni levantarse de la cama. ¿Cómo podría cuidar de ella?

-No me olvides –le rogó, en un último esfuerzo.

-Jamás –la besó, sin importar que la sangre machase sus labios–. Te amo, mi vida.

Marsali exhaló su último aliento en brazos del único hombre al que había conocido en su vida. El único al que había amado o podría amar. Y el único que no la podría olvidar jamás.

# 11

Neil se irguió, completamente agotado, y recorrió el espacio que lo separaba de la espada que Iona había dejado olvidada en la entrada de la cueva, arrastrado más que de pie. Se valió de ella para incorporarse del todo y salió en su busca. Un único pensamiento tenía ahora en su mente: vengar la muerte de Marsali.

Poco importaba ya que siempre hubiese sido hombre de honor, cumplidor de las leyes elementales. Ahora solo quería acabar con la vida de quien había matado a la mujer que amaba. Y aunque el efecto del veneno persistía en su cuerpo, no se dejó vencer por él, sino que luchó contra la vista nublada y las alucinaciones, repitiéndose una y otra vez que no eran reales.

Vagó por el bosque, gritando el nombre de Iona, aún sabiendo que no respondería. Notaba que las fuerzas se le agotaban por momentos y necesitaba hallarla y acabar con aquello de una vez por todas. Ojo por ojo, diente por diente, así rezaba en las escrituras y así lo haría él en aquella ocasión.

-Iona –la llamó, cuando la encontró a orillas del río–. Ha llegado tu hora, pagarás por lo que has hecho.

Pero la mujer, de espaldas a él, no reaccionó como él habría esperado. Se limitó a continuar mirando al río, con las manos hundidas en él, mientras se las frotaba con énfasis, y casi desesperación. Neil pensó que tal vez pretendía borrar las huellas de su crimen, pero él no le permitiría olvidarlo. Antes de acabar con ella, le haría ser consciente de cuánto mal había propagado por culpa de aquel amor corrompido por el odio.

La llamó una vez más, mientras se acercaba a ella, sin obtener respuesta. Alzó la espada, una vez a su lado, dispuesto a acabar con su vida, pero cuando la giró, su cuerpo se petrificó al descubrir que era Marsali a quien tenía delante. Retrocedió varios pasos, como si estuvieses viendo un fantasma, todavía empuñando el arma. Y así debía ser, pues Marsali estaba muerta. Él la había visto en el suelo, totalmente inerte. Pero a pesar de ello, por un momento, se permitió pensar que Iona no la había matado como creía y que seguía viva.

-Marsali –susurró, incrédulo, queriendo acercarse a ella nuevamente.

Entonces, la mujer que tenía delante comenzó a reír tan alto, que tuvo que cubrirse los oídos, dejando la espada olvidada en el suelo, a sus pies. Fue cuando la mujer, que ya no se parecía en nada a Marsali, corrió hacia él, cuchillo en mano, y se lo clavó en el pecho.

-No –Neil abrió los ojos de golpe. Estaba totalmente empapado en sudor y su respiración acelerada iba a la par de los latidos de su corazón.

-¿Todo bien? –el hombre que dormitaba a su lado lo miró, preocupado– ¿Otra vez tus demonios?

-Me temo que sí, Alpin –siempre sucedía lo mismo al acercarse la batalla. Las pesadillas volvían una y otra vez, para atormentarlo durante la noche. Tan iguales y tan diferentes al mismo tiempo. Y sin embargo, el mismo final para todas ellas: un puñal en su pecho.

El día que despertó del sueño que el veneno le había inducido, descubrió el horror que había sucedido en aquella cueva. Iona, en su locura, le había arrebatado la vida a su propia hija. Y él, convaleciente, no había podido hacer nada para evitarlo.

Comprender que Marsali había dado la vida por él, le desgarró el corazón. No se sentía preparado para dar el último adiós a la joven que lo había enamorado en tan poco tiempo con su inocencia y su bondad. No se sentía con fuerzas para dejarla marchar a un lugar al que no podría

seguirla por su propia mano.

Había tenido que enterrarla allí mismo, en medio de ningún sitio, donde nadie le llevaría flores cada año, ni la lloraría al pie de su tumba. El dolor de su muerte lo había mantenido junto a ella hasta que la caída de los primeros copos de nieve lo obligó a moverse. No le habría importado que el frío se lo llevase, para ver a Marsali de nuevo, pero sabía que antes de que eso sucediese, tenía algo importante que hacer.

Buscó a Iona por todas partes y la halló cerca del río, con el cuello partido. En su frenética carrera por huir de su delito, se había despeñado por un terraplén. A diferencia de su hija, no la lloró ni sintió lástima por ella, aunque sabía que su locura venía del dolor que había padecido toda su vida, pero a pesar de ello, le dio sepultura también. Los muertos deben descansar o atormentarán a los vivos.

Y aun así, el fantasma de Iona lo había visitado cada noche durante meses, burlándose de él, haciéndole creer que Marsali seguía viva, para luego clavarle el puñal en el corazón. Las pesadillas no cesaban, salvo pequeños periodos en los que podía llegar a pensar que había vencido a su pasado. Pero no podría hacer nada semejante, porque Marsali era una constante en su mente. Anhelaba reunirse con ella de nuevo, ver su dulce rostro de tímida mirada, admirar el bello rubor de sus mejillas y disfrutar de su sonrisa sincera.

No había querido volver a su hogar, pues sentía que ya no había nada para él allí, sin Marsali, así que vagó durante meses por Escocia, trabajando a cambio de comida y un lecho donde dormir. Pero no se saciaba con nada y probó emociones más fuertes. Vendía sus servicios con la espada en cualquier escaramuza que hubiese entre vecinos, solo para buscar la muerte en una de ellas.

Sentía que su vida era un regalo que no había pedido y que no quería, pero por más que intentaba acabar con ella, no era capaz. Parecía como si un ángel en el cielo estuviese cuidando de él con especial empeño. Tal vez por eso, cuando escuchó sobre la guerra que se estaba fraguando en Irlanda, pensó que sería un buen lugar para intentarlo nuevamente. Tal vez allí encontraría la paz por fin, o la gloria de la muerte, y podría reunirse con su amada Marsali allí donde lo estuviese esperando.

-Eh –alguien los llamó en susurros y se levantaron al momento, de su improvisado lecho junto al fuego del campamento.

Llevaban varios meses de escaramuza en escaramuza sin participar en ninguna batalla importante, pero al parecer, en aquella ocasión sería diferente. Hablaban de una gran batalla, digna de los libros de historia, en la que muchos participarían, pero quizá pocos serían los afortunados para contarla.

-Es la hora –dijo su compañero a su lado.

-Por fin –asintió. Un escalofrío de anticipación asaltó su cuerpo, estremeciéndolo. Tal vez aquella sería la definitiva para él.

-No me digas que tienes miedo, Neil –rió Alpin a su lado.

-No tengo miedo a la muerte –le dijo–, pero sí a que un inútil como tú tenga que guardarme las espaldas.

-Ya decía yo –rió de nuevo, sin ofenderse, el aludido–. Neil, el Temerario, no teme a nada ni a nadie.

No había esperado encontrar amigos en la guerra ni los había buscado tampoco, pero cuando defiendes a tus compañeros en la batalla, se crean lazos difíciles de romper. Así le había pasado con Alpin.

-Callaos, ahí detrás –ordenó alguien, enfadado–. No estamos de fiesta.

-Bien podríamos –el hombre sacó la lengua e hizo un gesto obsceno que arrancó varias sonrisas en los que podían verlo.

Neil, en cambio, no atendió a sus bromas, porque su mente estaba muy lejos, junto a Marsali, como cada vez que se dirigía a luchar. Era su deseo reunirse con ella y siempre esperaba que la siguiente batalla se lo concediese. Rezaba por ello antes de cada pelea, y lo hacía también durante la liza. Y se lamentaba luego, cuando sus heridas no eran suficientemente graves como para llevarlo con ella. Se había ganado el título de Temerario porque se arriesgaba demasiado en la lucha, y porque a pesar de ello, solía salir indemne.

-No hables tanto, hombre –se burló su compañero, al ver que estaba más callado que de costumbre–. Me vas a dejar tonto con tu parloteo incesante.

-Estoy concentrado, Alpin. Algo que tal vez te vendría bien a ti. Quizá así no tendría que salvarte el culo una y otra vez.

-Me gusta que me salves el culo, amigo. Al menos te sentirás más útil.

Aquellas muestras de camaradería eran lo único que lo salvaban de la locura y aunque nunca se lo diría en voz alta, Neil estaría eternamente agradecido a Alpin por ellas. Habían sido su salvaguarda en esos largos e interminables meses de viajes a pie por Irlanda y de peleas cortas pero intensas. A pesar de su deseo de morir, que nadie conocía, se habían estado cuidando las espaldas el uno al otro; aunque Neil solía ser más atrevido en ocasiones, buscando el peligro.

-Preparados –la orden pasó de fila en fila hasta llegar a ellos y todos se pusieron alerta.

-Vamos a por ello –susurró, esperando que Marsali lo pudiese oír, allá donde aguardaba por él.

-Al ataque –gritaron en alto–. Por Irlanda.

Con el único pensamiento de la muerte en su cabeza, Neil corrió en pos de sus enemigos, esperando que la lucha acabase con su vida cercenada. Marsali sería su recompensa y la gloria sería su legado en la tierra.

*Voy contigo, mi amor.*

# EPÍLOGO

-¿Dónde está la tumba de Marsali, abuelo?

-En un lugar precioso, rodeada de flores silvestres, y con un arroyo no muy lejos de allí. Aunque no pueda ir a visitarla, sé que su última morada estará siempre hermosa, tal y como ella lo fue en vida.

Les había contado aquella historia cientos de veces, pero no se cansaban de escucharla. Y no podía dejar de relatarla, cada vez que se la pedían, pues aquella era una bonita forma de recordar a Marsali y de que su memoria no cayese en el olvido. De ese modo, era como no dejarla morir del todo. Era la única forma que tenía de mantenerla a su lado.

-La madre de Marsali merecía morir por lo que hizo –dijo una de sus nietas–, pero a mí me da pena. Debió sufrir mucho para enloquecer así. Y fue ese dolor el que mató a su hija, en realidad.

Ella era la más piadosa de todos sus nietos y la miró con adoración por sus palabras. Cuando nació, supo que sería especial y así resultó ser. A sus ocho años, ya había demostrado sus dotes para la sanación y la estaban instruyendo para convertirse en curandera. Estaba seguro de que sería una de las mejores, pues lo llevaba dentro.

-Nadie sabe por qué una mente se perturba, cielo –le dijo–. Tal vez el dolor extremo, los malos recuerdos, el aislamiento o el miedo, lo hayan hecho, o puede que todos unidos lo provocasen. Pero nunca se debe subestimar a un loco.

-Porque los locos son los más peligrosos –recitó tras sus palabras, su nieto más pequeño. También a él le sonrió, y este hinchó el pecho, orgulloso de haberse acordado.

-Marsali no debería haber muerto –habló su nieta de nuevo, acaparando su atención–. Ella te salvó la vida.

-En más de una ocasión –asintió–. Y por eso mismo, tu madre lleva su nombre. Así como tú, Marsali.

-Y por eso mismo lo llevará mi primera hija –añadió con determinación.

-O la de tu hermano –le sonrió con cariño una vez más–. En nuestra familia siempre habrá una Marsali que vivirá por ella y gozará todo lo que a ella le fue negado.

-Porque de ese modo –Marsali se sentó en su regazo y lo abrazó–, su muerte no habrá sido en vano.

-Exacto, mi pequeña –la besó en la sien–. La Marsali original merece vivir para siempre, aunque solo sea en nuestra memoria, por lo que entregó sin esperar nada a cambio.

-¿Crees que Marsali nos estará viendo desde el cielo, abuelo?

-Creo que es nuestro ángel de la guarda –acarició su cabello–. Y que nos protege desde donde quiera que esté.

-Yo también lo creo –asintió conforme.

-Es hora de dormir, niños –su abuela los instó a ir a sus cuartos y ellos se marcharon, no sin antes darles un beso a ambos.

Neil los vio salir del salón, riendo y empujándose. Se sentía feliz con la familia que había tenido la fortuna de crear, pues no siempre la había deseado. Había desperdiciado muchos años de su vida llorando por la muerte de Marsali, sin comprender que aquella no era la mejor manera de honrarla. Tuvo que llegar su esposa a su vida y desbaratarla, para comprenderlo.

-Nuestros nietos te adoran –Abi se acercó sonriente–. Solo cuando están contigo parecen tranquilos.

-Eso es porque los entretengo con mis historias, mi amor –se levantó y besó a su esposa con el mismo amor que había sentido siempre en aquellos largos años compartidos–. Pero te prefieren a ti.

-A los dos, amor mío.

-¿Crees que hacemos lo correcto?

Abi sabía bien a lo que se refería. No era la primera vez que se lo preguntaba. La idea de mantener en la familia el nombre de Marsali había sido suya, no de Neil. Pero ella estaba realmente agradecida a aquella muchacha que dio su vida por el hombre que amaba. Por el hombre que ambas amaban. Si ella se hubiese rendido cuando lo creía muerto, Neil jamás habría sobrevivido y por tanto, ella no lo habría conocido.

-Lo que hacemos es poco, comparado con lo que ella nos dio, Neil. Mira nuestra familia. Es maravillosa. Sin Marsali no habría existido siquiera. Se lo debemos – le colocó la mano en la mejilla y él la cubrió con la suya– ¿Hasta cuándo vas a dudar de que tomamos la decisión correcta? Yo siempre lo tuve claro.

-Tú eres todo amor, Abi –sonrió–. No habría podido esperar otra cosa de ti.

-No siempre fue así –le devolvió al sonrisa– ¿O tengo que recordarte cuando nos conocimos?

-Incluso cuando nos conocimos, ya me amabas, Abi –la besó una vez más–. Yo también lo hacía, aunque me costó más descubrirlo.

-Es imposible no amarte, Neil. Marsali lo sabía y yo lo sé. Ninguna pudo evitar enamorarse de ti.

-Marsali me lo dio todo, incluso su vida. Pero fuiste tú quien supo traer mi corazón de regreso, mi amor –la abrazó–, pues se había quedado en lo profundo del bosque.



Sonia López Souto nació en Galicia en Enero de 1979. Madre de una niña, ama leer y ama escribir. No concibe lo uno sin lo otro.

Su pasión por la lectura nació a sus 12 años, cuando su madre le regaló su primer libro para leer por placer y no por obligación. Esa pasión fue la impulsora de que comenzase a escribir a la edad de 15 años.

Casi todas sus obras están ambientadas en Escocia, un lugar que la enamoró por sus increíbles paisajes y su historia cargada de luchas, donde el orgullo y la dignidad de los escoceses prevalecen sobre cualquier otra cosa.

Roba tiempo al sueño, para crear historias que hagan soñar a sus lectores. Romántica obstinada, deja fiel reflejo de ello en cada una de sus obras.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<<[amazon.com/author/sonialopezsouto](https://www.amazon.com/author/sonialopezsouto)>>

<<<https://www.facebook.com/groups/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.facebook.com/SoniaLopezSouto>>>

<<<https://www.instagram.com/SoniaLopezSouto>>>